



Número Suelto 0 10 cts.

EL HOMBRE DEL PORVENIR

Le llamo el hombre del porvenir, por no llamarle el superhombre, y no quiero llamarle el superhombre, porque la palabreja, á estas horas, ha sufrido grandes reveses de crédito. Por las ó por nefas, según los labios que defienden la constitución del superhombre, por evolución humana ó por relación social, unos como cosa inmediata, cuya posibilidad está en ellos mismos, significa pedantería ó sequedad de corazón.

Pedante el que se llama superhombre por creerse, física é intelectualmente, superior á los demás. Seco y cruel el que de su superhombria hace su filípica contra la piedad.

Por otra parte, mi hombre del porvenir, es un hombre fuerte, poderosamente macho, heróico y sabio, y ha surgido en mi mente, como nervio de esta orónica, del asco que en mi ha producido el escándalo del homo sexualismo de Berlín, cuyo nuevo proceso toca á su término y cuyo fin será el de todos los procesos que tiene dentro razones de estado.

Y ese escándalo berlinés, que para vergüenza del hombre puede llamarse escándalo londinense, y escándalo parisiense; escándalo romano, y hasta escándalo madrileño, ha elevado mi mente hacia un hombre sano, fuerte, sabio, noble con todos los poderes y los atributos sexuales propios de su género.

¿Como se forma mi hombre? No, ciertamente, regateando dinero al presupuesto de instrucción pública, regateo que, á la postre, se convierte en aumento de conventos, de presidios y de cuarteles, focos principales del homosexualismo y de la degeneración de la raza.

Confieso que la idea es una, expuesta en otras ocasiones; más confieso, también, que ha reforzarla ha venido el famoso doctor austriaco Mr. Stanch en un folleto que acaba de escribir á propósito de la inversión de sexos, tan de actualidad en este momento en toda la Europa central.

Dice así el doctor:

" Preocupa hoy á los hombres de acción y hombres de acción es aquel que habla poco y hace mucha característica del hombre-fuerza, los escándalos de Berlín, que no son más que la erupción de un volcán que mina la especie humana por donde más fuerte ha encontrado la corteza social. A decir verdad del hombre sexualismo somos todos culpables, pero principalmente los hombres de Estado que quitan á la ilustración lo que dan al contrataamiento. Quitar fuerza á

" la instrucción y á la riqueza de un país por medio de obras públicas y de dárselas á los armamentos es destruir escuelas y cuarteles, conventos y presidios, centros principales de la inversión de sexos ...

De suerte que en este mundo todo está en relación; quien mengua el presupuesto de instrucción y obras públicas, para aumentar el de la empleomanía, el del clero y el del ejército empobrece y embrutece al país; aumenta la criminalidad, que aglomera gente en los presidios y contribuye á la perversión de sexos. Y es ello de una simplicidad tan clara que yo no comprendo como puede pasar inadvertido para las personas que de la ilustración y de la riqueza de la nación se ocupan.

El emperador de Alemania y el primer conde de Molke, no fueron los que más contribuyeron á la vida del cuartel y la vida del cuartel da eso que ahora quiere castigar el emperador de Alemania. Maura no es de los que menos han contribuido á la vida del convento y la vida del convento da eso que debe escandalizar al propio Presidente del Consejo de Ministros. Hay aumento de gastos para máquinas y hombres de guerra y para gastos de personal de claustro causa de la ignorancia y la muerte de un país, traducida en inmigrantes y en presidiarios, en célibes, en cobardes y en investidos.

El cuadro no horroriza al cronista, porque al cronista apenas le horroriza nada; pero le repugna y le entristece.

Yo digo que primas hemos de ser hombres, hombres enteros, hombres completos y que después de ser hombres, podremos ser artistas, soldados ó mercaderes. Yo digo que antes de ser hombres no podemos ser nada bueno, bello ni fuerte. No seremos justos, no seremos grandes, no seremos héroes mitad de hombre del porvenir.

Yo digo que el hombre que no amar fuertemente á la mujer y la mujer que no ama fuertemente el hombre no puede ser genial ni en la piedad ni en el arte.

Yo digo que la mujer que no quiere mucho al hombre y el hombre que no quiere mucho á las mujeres no será genial en nada, porque sólo el amor sano, puro, natural produce el genio. El que no siente fuertemente su sexo podrá tener condiciones de artista, de mercader y de soldado pero no será un poeta, no será un valiente y ni hombre del porvenir, el hombre que ha de acabar con todo eso, será poeta, será justo y valoroso porque será hombre y será hombre, porque no habrá hombres de Estado ni Estado que del afeminamiento de los hombres vivan.

FEDERICO URALES.

Del dolor y la dignidad

El anarquismo fué incubado por el dolor, en la matriz fecunda de la dignidad.

Dolores, hubo siempre. Dolores que desgarran, que trituran, que enloquecen.

Las garras de la miseria rajaron durante siglos y siglos las entrañas de los hombres, destrozándolos, dejándolos cual pingajos que un tigre se hubiera entretenido en despedazar.

Los trabajos que exahustan, que aniquilan, que empujan rápidamente á la anemia y la sepultura, han pesado sobre millones y millones de seres durante centurias y centurias, agostándolos como si fueran pobres flores sobre cuyas sutiles corolas y débiles tallos se posaran las aplastadoras nubes de tierra que mueve el simoun.

¡Pobres flores de carne que han levantado ciclópeas pirámides, perforado el planeta, roto continentes, surcado el mundo!

Su obra, grillete al pié y látigo á la espalda, no es tan colosal, aun siendo asombrosa, como los dolores que ha costado, las vidas que ha insumido, el sudor y la sangre que representa.

Cada piedra es una existencia; cada átomo un pesar.

Cárdena la piel; encallecido el tobillo; el sol que abrasa; el hielo que anquilosa, y el hambre que desfallece... Tal la humanidad desde las cavernas á la fecha, obstaculizada por su desconocimiento de la natura y por la opresión de unos cuantos sobre lo más, sobre la interminable sucesión secular de los desheredados.

Y el dolor, con todos sus pesares, con todos sus sufrimientos, con todos sus derrumbes de hombres y hombres, no fué capaz de gestar una rebeldía, una insubordinación, una protesta contra su torturadora labor.

Mansos, sumisos, sin exhalar más quejas que el ¡ay! inconsciente, que el sollozo amortiguado por el temor al castigo brutal, al reproche bárbaro del satisfecho que no quiere ni aún sentir el balbuceo del postrado, han seguido los hombres-bestias, hasta que en su cerebro penetró la idea soberana y emancipadora de la dignidad.

Ella los hizo altivos. Ella los incitó á la rebelión. Por ella tienen conciencia de que son hombres. Ella los hace erguirse y mirar al opresor frente á frente, como miran los que tienen que vengarse, los que se saben iguales.

El dolor incubó el anarquismo en la matriz fecunda de la dignidad

Y ya no machaca las carnes el dolor, ni desgarrá estómagos, ni pone cárdenas las espaldas, ni hace encallecer los tobillos.

Hoy el dolor se produce adentro, muy adentro, muy hondo, en los pliegues cerebrales, en donde tienen su asiento el noble pensar y el sublime sentir.

Allá el dolor se analiza.

Y el hombre se pregunta ¿porqué el dolor?

Y la dignidad, sorbebia y valiente, lo rechaza, haciendo que vuelva con ira al menguado que lo engendró.

Iguals. Con iguales derechos á la vida. Erguidos; enhiestos como robles; fuertes como el acero; dignos y resueltos; llenos de fe en la naturaleza que ya es nuestra servidora; adversarios, francos del dolor; enemigos de toda bajeza, de toda humillación, de toda tiránica apostura y de toda inicua explotación. Así nos ha hecho la dignidad. Así somos los anarquistas.

No queremos el sufrimiento ni moral, ni material, ni en nuestras personas, ni en los demás.

Buscamos la libertad y el bienestar.

Anhelamos el placer, no precisamente el placer groseramente material, no el



sensualismo que los tergiversadores de Epicureo buscan, sino el placer que origina la satisfacción de las necesidades físicas y el que causan el saber, el arte, la ciencia, el ver á todos satisfechos y felices, todo lo felices y satisfechos que la natura puede hacernos.

Hemos de llegar á ello.

La dignidad nos ha elevado, nos ha hecho percibir el dolor moral y nos incita tenazmente á rebelarnos contra él.

Lo que no han podido lograr todos los dolores físicos, lo ha hecho la dignidad.

Por ella, se nos han vuelto intolerables los sufrimientos y la bajuna cualidad de bestias.

Por ella, nos hemos apercebido del infamante lugar social que ocupábamos.

Por ella, nos emanciparemos de toda tutela, de toda opresión, de todo dolor y miseria.

Por ella iremos á la Anarquía, á la vida libre de los hombres iguales.

EDUARDO G. GILIMÓN.

Sobre Erudición

En cierta ocasión decía Blasco Ibañez que los que más leían en España eran los obreros. Y aún que él no ha querido decir con ello que los obreros leían más que los profesionales del pensamiento, sino que leían más que la burguesía y la clase media, salvo algunas excepciones bien pudiera haberlo dicho, no sólo refiriéndose á España, sino á todas partes.

Parecería natural y lógico que los que leyeran más fueran los profesionales del pensamiento, que escriben á su vez para ser leídos; pero en nuestra época está sucediendo lo contrario; y hasta acontece que si un hombre amante de la lectura y lector asiduo le dá por escribir á su vez, deja en seguida de ser asiduo en las lecturas.

En las épocas pasadas no sucedía así; casi todas las obras de los filósofos son cada una en particular una enciclopedia de las ideas que sobre el punto á que ella se refiere; han expuesto los contemporáneos y los ante pasados;

pero en nuestra época, merced á unos cuantos libros que se han escrito sobre el genio y el talento, lo primero que todo el mundo comprende es que saber lo que han dicho los que vivieron antes que uno no es dar pruebas de talento, y como el escritor no aprende generalmente por aprender, sino por exhibir lo que sabe, al darse cuenta que el exhibir ideas y pensamientos que no son propios no es dar prueba de mérito personal, se ahorra el esfuerzo y el tiempo de enterarse de lo que han dicho los que escribieron antes de que él naciera. Y se dá el caso de que miren con cierto recelo y aire de superioridad á los que de cuando en cuando mezclan algun pensamiento ajeno con los propios.

El culto soberano lo tiene hoy la originalidad; hay que ser original aún que sea en una forma inferior; el asunto está en no imitar, en hacer una cosa de una manera propia, aún que estuviera hecha mejor haciendola de la manera que la han hecho otros anteriormente.

Esto, convendrá mucho á la vanidad del escritor, pero perjudica completamente al pensamiento humano. Es preciso entender la originalidad en el sentido de perfección, no de diversidad. Darwin no fué menos original que Lamarck por ser un continuador de éste.

El lector se preguntará como puedo arreglarmelas yo para saber que los escritores de hoy leen poco. Para ahorrarle trabajo, dire que me doy cuenta de ello leyendo, leyendo lo que escribieron los que han escrito mucho antes de que ellos nacieran y lo que escriben ellos. Se observa con gran frecuencia que dicen cosas que han sido dichas muchas decenas de años antes de que ellos vinieran al mundo, y que se meten á resolver problemas que tiempos hace están resueltos. Si hubieran leído lo que han escrito sus antepasados se ahorrarían ese trabajo y no tendrían necesidad de hacer esos malos papeles.

Rafael Altamira cita el caso de un poeta que habiéndosele encargado un discurso para la sesión inaugural del ateneo, se puso á trabajar con las solas luces de su entendimiento natural. Y escribió, naturalmente, un discurso muy bello y muy hondo; quedó enamorado de él, por que había tenido la fortuna de exponer una hipótesis enteramente nueva. Llevado por su contento, se lo dó á leer á un sabio amigo por quien sentía mucha veneración y respecto. Después de haberlo leído el sabio le dijo: «Está muy bien; solo que eso ya lo dijo Hegel en su *Estética*, hace cuarenta años». Más de un anticrudicto conozco yo que le ha pasado lo

propio, ó algo peor, por que no habiendo tenido la fortuna de encontrar un sabio amigo que les previniera, han dado á luz lo que ellos creían obra enteramente nueva y original, teniendo de ésta manera que pasar por plagia-dores.

En las *memorias*, hace Tolstoy la observación de que en el individuo se repite, periodo por periodo, el proceso intelectual de la raza, citando en apoyo de ella el hecho de que casi todo lo que ha encontrado en los libros antiguos se le ocurrió á él antes de leerlos. A mi me pasó igual. Me he maravillado y me estoy maravillando á cada paso de encontrar en la mayor parte de los libros pensamientos é ideas que hace tiempo se me han ocurrido.

Y para evitar todas estas repeticiones inútiles, no hay otro remedio que leer todo lo que uno pueda. El que conoce paso á paso el desarrollo de la filosofía no concederá gran importancia á las teorías de Stirner, por que estará avisado de que él no hizo más que construir con las materiales de Berkeley, La Rochefoucauld y Epicuro, colocándose sólo bajo un punto de vista distinto del que ellos se han colocado. La doctrina de la fuerza está espuesta por Hobbes; Nietzsche desarrolla la del más fuerte; poca diferencia hay.

Pero no es solamente por esto que crítico la antierudición, sino por que ella saca toda la unidad y la cohesión al pensamiento humano, haciendo que todos se exfuercen y suden trabajando cada uno por su parte para no llegar á nada. Por ese camino se marcha directamente á la confusión. La originalidad que tenga cada individuo debe emplearla en perfeccionar, en corregir y en ampliar el trabajo de las generaciones anteriores, tal como sucede con las ciencias experimentales. Así podrá darsele unidad y solidez al desarrollo del pensamiento; de lo contrario se hará una babel incomprensible.

El pensamiento de cualquier hombre aislado es como el trabajo material de cualquier individuo aislado: no puede hacer más que obras incompletas. En cambio, asociando su trabajo al trabajo de las generaciones anteriores, completará, sinó en todo en parte, la obra incompleta que ellas dejaron.

Y no es bueno, por la vanidad de unos cuantos caballeros que quieren ser unicos, sacrificar el desarrollo sólido, sistemático y acorde del espíritu humano.

Esto por lo que se refiere al interés de la ciencia y de la filosofía en general; en cuanto á lo que se refiere al interés del escritor, la erudición tiene gran importancia. Un entendimiento será tanto más amplio cuanto mayor

sea la cultura que tenga. Todas las cosas tienen entre sí estrecha relación, de modo que se comprenderá tanto más una de ellas cuanto más se conozca el resto de las demás. Los espíritus que tienda una cultura solidamente universal, no es por un sólo lado que proyectan luz cuando examinan una cosa, sinó por todos los lados.

Y después, que la lectura disciplina la inteligencia y sistematiza las ideas, dando al pensamiento un carácter orgánico, enlazando las diversas ideas en un tronco común, que es la base de todas ellas.

La falta de asiduidad en la lectura se nota facilmente en gran parte de los escritores de nuestros días, cuando se observa la indigencia de su pensamiento, que vagabundea sin rumbo, fragmentado, hoy caminando en una dirección, mañana en otra, y contradiciéndose siempre.

MAXIMO ARACENI.

La diagonal determinista

DEL LIBRO

(Problemas Trascendentales)

Sabemos que si un cuerpo se halla sometido á la acción simultánea de dos fuerzas, cada una de las cuales tiende á comunicarle cierto movimiento, dicho cuerpo se hallará, al cabo del tiempo t , en el punto en que se hubiera hallado si cada una de las fuerzas hubiese obrado aislada y sucesivamente durante dicho tiempo. La velocidad vendrá representada, en magnitud y dirección, por la diagonal del paralelogramo construido con las velocidades que cada fuerza, de por sí, hubiera comunicado al cuerpo si hubiese obrado aisladamente.

Esta ley universal se aplica lo mismo á los átomos que á los astros, á los individuos lo propio que á las colectividades, teniendo en cuenta que, por regla general, estas dos fuerzas componentes suelen ser á su vez las resultantes de otras, cada una de las cuales contribuye al resultado final con tanta eficacia como si hubiera obrado independientemente de todas las demás.

Este principio, aplicado al individuo, constituye la base matemática de la doctrina determinista, según la cual nuestros actos vienen determinados por fuerzas que existen en nuestro organismo y por influencias que se manifiestan á nuestro alrededor, fuerzas é influencias de las que no somos dueños, como no lo

somos de los fenómenos de nuestra vida física.

Si consideramos dos resultantes parciales, la de las fuerzas internas del organismo y la de las externas del medio ambiente, la diagonal del paralelogramo construido sobre ellas será, en cada momento, lo que llamamos nuestro acto libre, y que no es otra cosa, en magnitud y dirección, que la resultante perfectamente determinada por la dirección y magnitud de sus componentes. Nuestra conciencia, que es, como lo ha demostrado Ambiens en su *Conscience Organique* « un sistema de reflejos coordinados regidos únicamente por las leyes cósmicas de la gravitación », se hace cargo de la deliberación que suele acompañar nuestros actos, pero no la dirige, pues lo que llamamos voluntad es únicamente la verificación de que entre varios motivos, uno se impone, ó tiende á imponerse á los demás, siendo siempre esta imposición ó esta tendencia la resultante de necesidades de nuestro organismo y de influencias ejercidas por los agentes exteriores. Nos hacemos la ilusión de que ejercemos actos voluntarios, cuando en realidad todos nuestros actos están perfectamente determinados por circunstancias que, si las analizamos detalladamente, nos demostrarán que era inevitable el acto que creíamos haber realizado en virtud de una libérrima voluntad. Lo que es indudable, es que obramos como si fuéramos libres por más que no lo seamos realmente obran los cuerpos celestes como si se atrajeran, y no hay tal atracción. Del mismo modo tiende á alejarse del centro de la órbita, como si existiera una fuerza centrífuga, un cuerpo animado de un rápido movimiento circular, siendo así que no existe tal fuerza, sino cantidad de movimiento ó inercia; y si esta imaginaria fuerza centrífuga parece aumentar con la velocidad, es porque entonces aumenta la cantidad de movimiento del cuerpo, que es el producto de su masa por la referida velocidad.

Esta diferencia entre la ilusión y la realidad, la resume el doctor Ambiens en las conclusiones de su notable estudio, del modo siguiente:

« Puesto que los fenómenos de inteligencia y de voluntad se hallan determinados por la composición química de su substancia y por las leyes mecánicas y físicas de la naturaleza ¿en qué se diferencian estos fenómenos de inteligencia y voluntad de los fenómenos de la célula ó de la máquina dinamo-eléctrica ó de las combinaciones químicas, endotérmicas ó exotérmicas? Sencillamente, en la forma exterior de sus órganos y en su constitución química... Lo

mismo que los fenómenos físicos y químicos, la Conciencia orgánica se halla subordinada á la Energía indefinida, eterna. No es más que un punto material en el infinito de las fuerzas en perpetuo movimiento ». (*Le Médecin*, de Bruselas, número 6 octubre 1097).

Esta apreciación de Ambiens viene confirmada por los sorprendentes trabajos del profesor mejicano Herrera, el creador de las células minerales, trabajo detalladamente expuestos en la obra notable que, bajo el título *Biologie et Plasmogénie*, acaba de publicar la casa editorial Junk, de Berlín. En ella defiende Herrera la tesis de que todos los fenómenos vitales son pura y exclusivamente fenómenos físico-químicos perfectamente determinados.

La aplicación de estos principios á la Sociología implica lógicamente un cambio completo en todo nuestro sistema social y la adopción de una Moral distinta de la que rige en la actualidad, la cual es relativa, mientras que la moral determinista, formulada por el padre del Socialismo inglés, Robert Owen, en 1836, puede considerarse como absoluta, puesto que no admite más principios que los deducidos de verdades científicas.

En su obra inmortal, *The New Moral World*, dedicada á su amigo el Rey Guillermo IV de Inglaterra, aquel insigne filósofo británico analiza la constitución de la naturaleza humana, deduce de su análisis los principios fundamentales de la moral científica, y estudia las condiciones necesarias para asegurar, en cada caso, la felicidad de los individuos y de las colectividades, demostrando de paso, y estas son sus palabras textuales, « que todas las leyes humanas son, ó inútiles, ó contrarias á las leyes de la Naturaleza, y que deben forzosamente contribuir á crear la desunión y á fomentar el crimen.

En la actualidad, son cada día más numerosos los pensadores que se hallan dispuestos á aceptar las teorías deterministas con todas sus consecuencias. He aquí como se expresa el eminente Doctor Grasset, profesor de la Universidad de Montpellier en un artículo publicado por la *Dépêche* del 10 de septiembre de 1907: « Los progresos de Sociología proclaman el deber estricto que tiene la Sociedad de asistir y de curar á los enfermos, lo mismo á los enfermos mentales que á los tuberculosos y que á las víctimas de los accidentes del trabajo. Y debe cuidarlos, aunque se trate de criminales. En este

último caso, el derecho que tiene la Sociedad de defenderse contra ellos, no suprime de ningún modo el deber que tiene de asistirlos ». En la introducción de su reciente libro *Not Guilty*, que ha convertido al determinismo á millares de ingleses, dice el escritor racionalista Robert Blatchford: « Contra la noción corriente de que todos los hombres y todas las mujeres podrían ser buenos si quisieran, voy á defender el principio de que todos los seres humanos serían buenos si pudieran ». Es claro que nada tiene de original este nuevo enunciado de la vieja fórmula de J.-J. Rousseau, pero el mérito de Blatchford, que justifica el éxito asombroso de su libro, estriba en haber sabido exponer, con tanto arte y tanta lógica el caso real del ser aparentemente más despreciable, que al terminar la lectura del libro sólo siente el lector compasión profunda y hasta simpatía por el que antes le inspirara intensa repulsión.

Y es que una concepción clara del determinismo hace imposible el odio contra las personas.

El concepto determinista justifica la lucha contra ciertas condiciones del ambiente, ó, mejor dicho, explica como esta lucha viene á ser la manifestación de una de las fuerzas internas que contribuyen á formar la primera de los dos componentes de la resultante definitiva, de la diagonal del paralelogramo humano.

Mientras existan ciertas condiciones anormales que se opongan á la felicidad humana y perpetúen el sufrimiento, la teoría determinista justificará la revolución, que es la manifestación de la lucha necesaria contra dichas condiciones; pero condenará, en todos los casos, la represión y el terrorismo, manifestaciones de venganza y de odio contra personas que, aun en los peores casos, sólo son resultados inevitables de las condiciones anormales que la revolución se ha de encargar de destruir.

TÁRRIDA DEL MÁRMOL.

La asociación POR LA ASOCIACIÓN

Sin adversarios capaces de tentar la controversia, el anarquismo arrastra una monótona vida, la aburridora del triunfador que no tiene ante sí enemigos apreciables.

La propaganda se enmohece, como una vieja espada arrumbada por el ocio.

Nócase el desgano, el desaliento que origina la monótona tarea de repetir á diario, como

si fueran oraciones y salmos, los mismos argumentos, los mismos lugares comunes, sobre el gobierno, la ley, la propiedad, la moral, etc.

Los anarquistas, combativos por excelencia, inquietos, turbulentos, hechos—dijérase expresamente—para luchar, no pueden permanecer inactivos, y á falta de adversarios con quienes contender, emplean sus energías vitales en luchar entre sí, en destrozarse mutuamente, en negarse unos á otros la condición de anarquistas.

Fuertes en dialéctica, pero débiles aun para la acción, decaen en la prédica por falta de contradictores. Y si no fuera por las represiones violentas de los gobiernos, que estimulan, que hacen surgir anhelos de represalia y venganza, que fomentan el odio, el anarquismo deslizaría su existencia sin aparente vigor, notándose apenas de él, la carcoma de las divisiones intestinas, de carácter casi exclusivamente personal.

Á falta de adversarios, gesta en su seno nuevas formas de doctrina, interpretaciones caprichosas del fundamento principal de su teoría.

Imitando á los proclamadores de la fórmula «El arte por el arte», fórmula que aunque vacía, es admisible tratándose de arte, está gestando la fórmula «La asociación por la asociación», que eso y no otra cosa surge del concepto corriente de que la *organización lleva en sí su propia finalidad*.

Se concibe la asociación ó organización con algún objeto, con algún propósito ó fin determinado; pero no es admisible la asociación por la asociación, ni puede concebirse como la asociación puede llevar en sí misma su propia finalidad.

Esto se prueba fácilmente recordado la infinita variedad de asociaciones que hay, cada una con objetivo diferente, lo que no podría suceder si la asociación fuese por sí sola una finalidad.

Ni aun en el supuesto de que la asociación tenga como base los iguales intereses de los asociados, puede determinar ésta una finalidad característica, por cuanto que hay muchas asociaciones en igual forma fundadas y cada una de las cuales tiene distinta finalidad.

Mencionaremos algunas á guisa de ejemplo, para aclarar más nuestra afirmación.

Las sociedades cooperativas, cuyo objeto es evitar las ganancias de los intermediarios quedando estas á favor de los asociados.

Las de socorros mutuos que tienden á auxiliar á los socios en caso de enfermedad.

Las sociedades de *resistencia* cuyo propósito

emerge de su mismo nombre. Es decir; resistir á los avances del capitalismo impidiendo la disminución de los salarios y el aumento de los jornales. Y basta con las enunciadas.

Ahora bien; si el tipo de esas asociaciones es el de las de resistencia—como se desprende del hecho mismo de ser los que en ellas actúan quienes patrocinan la asociación por la asociación—vendríamos á tener como finalidad la resistencia al capital, ó más bien dicho la conquista de mejoras que es hoy por hoy el objetivo de esas sociedades aunque no sea propiamente esto lo que implica su nombre.

Entonces ya no sería tal, la asociación por por la asociación, ni llevaría en sí misma su propia finalidad, sino que tendría por objetivo ó finalidad el mejoramiento económico de la situación de los asociados.

Y ese mejoramiento no sería ciertamente una finalidad, por cuanto que, todo mejoramiento es indefinido.

El mejoramiento además, depende sobretudo en las organizaciones gremiales, de muchas causas externas á ellas, y resulta imposible en ocasiones tales, como cuando se producen crisis industriales, cuando se introducen reformas en el sistema de la producción, etc.

El mejorismo no resuelve nada. El problema social que el industrialismo ha planteado y que la elevación mental de los hombres ha hecho necesario resolver, pues no se armoniza el espíritu de libertad, de independencia, de igualdad, la conciencia de que el productor sostiene á toda la humanidad sin que él reciba de ella una retribución equivalente á lo que crea por sí solo, con la posición baja del proletariado, con los vejámenes que sufre y las miserias que pasa; el problema social, repetimos, queda en pie á pesar del mejorismo.

Forzoso es entonces proclamar como necesaria la emancipación, y puesto que de ésta nos hablan también los que aseveran que la organización encierra en sí misma su propia finalidad, habrá que entender con un poco de buena voluntad, que la finalidad de la organización gremial es la emancipación de los trabajadores agremiados.

Nosotros entendemos que sería necesario decirlo así; prescindir de la vaciedad que encierra el aforismo ese de que la organización tiene en sí misma su propia finalidad y manifestar que al asociar á los obreros se persigue que estos se emancipen.

Estamos convencidos que éste y no otro es el pensamiento de los que han introducido más á base de palabrerío que no con argumentación seria,

esa divergencia denominada *sindicalismo* en el campo anárquico, divergencia cuya causa originaria queda explicada al principio de este artículo.

Por lo tanto, y si como creemos, el fin de la organización es la emancipación de los trabajadores, la variedad sindicalista huelga, está demás, puesto que el anarquismo es igualmente a emancipación de los asalariados, emancipación que no puede ser alcanzada sino mediante la supresión de todo gobierno, ya que aun concediendo que el gobierno sea un producto del sistema capitalista, en él reside la fuerza, él es el sostén del capitalismo y sin derrocarlo no cabe concluir con el capitalismo.

La emancipación de los trabajadores no será cierta en tanto no vivan en un régimen anárquico, y en consecuencia la organización gremial debe tener como objeto el anarquismo.

Esta es la finalidad que deben perseguir las sociedades obreras, so pena de eternizarse en el mejorismo que aun prescindiendo de que sea ó no efectivo, tiene que sufrir constantemente reveses nacidos del mismo desarrollo industrial del capitalismo.

Y como no es posible que los obreros conciben espontáneamente la Anarquía, forzoso es propagarla; con lo que se evitará que al buscar su emancipación incurran en el error de darse jefes—lo cual es casi inevitable dada la fuerza de la costumbre de obedecer que pesa enormemente sobre los cerebros de los hombres—pues esto equivaldría á hacer ilusoria la emancipación.

EDUARDO G. GILIMÓN.



Las dos filosofías

Existen en el día dos clases de filosofías que se disputan el dominio intelectual del mundo; y estas son:

La *positivista* que se extiende en progresión creciente y á medida que los cerebros se perfeccionan, y

La *idealista* que pierde en calidad y en cantidad á pesar de los intentos que pone en aferrarse como una lapa á las conclusiones de la Teoría Monista.

Y así anda el espíritu humano: espiritualismo, deísmo, teosofismo de una parte; materialismo, panteísmo por otra, no pareciendo sino que aquél navegue sin orientaciones definidas en el universal océano de las ideas y se estrelle y se reduzca á polvo al chocar contra las rocas de la ignorancia, de la indiferencia.

El atrevimiento del hombre es colosal en todos los órdenes: sea porque dá curso libre á su loca imaginación, sea porque en su ambición de saber lánzase hacia las desconocidas regiones de la nada y del infinito.

Porque toda la Teoría Monista—síntesis de los conocimientos que abarcan toda la gamma desde la hipótesis del átomo torbellino hasta los soles que brillan á distancias jamás imaginables—descansa *solamente* sobre lo que positivamente puede saberse, sin importarle, á sí misma, tres cominos el que rija una inteligencia los mundos que se arremolinan en el Universo, cuando lo que interesa directamente al Hombre es el dominio de la Naturaleza para la conquista de su felicidad.

Término feliz es para el geómetra que ha podido aplicar las revoluciones elipsoidales á la dinámica que rige imperturbable los astros. Término feliz ha sido para el astrónomo el hallar mediante las funciones del número las distancias relativas entre el Sol y sus planetas. Y así, de término en término á los cuales no le conduce otra filosofía que la positiva, surgirá tras prolongadas marchas ascendentes y cortas etapas, el triunfo de la Razón sobre las locuras de la imaginación.

Pero el crítico que se encuentra en el silencio de su cuarto sin otros compañeros que los libros, hojea, y hojea, y su vista extraviada pásase inquieta por las páginas que sin cesar remueven sus nerviosas manos. Se explica.

Véase si nó:

«La persistencia de la individualidad ¿trasciende de la vida terrena? En esta cuestión se

encierra la de *inmortalidad* del alma (1). No pudiendo agotar hombre alguno, á causa de su limitación, todas las determinaciones y bienes particulares contenidos en la plenitud de su naturaleza, sino en una vida imperecedera, procede de aquí inducir á la realidad de dicha vida, sobre la presente terrena, que representaría una fase análoga á la que en ésta representa una de nuestras edades, por ejemplo.»

De aquí se desprendan indudablemente que el hombre desea vivir eternamente para salvar de este modo los límites que se le imponen en su naturaleza. En el trozo transcrito campea el fatalismo de un modo asaz predominante que no resuelve la cuestión. El dar la consiguiente explicación á la pregunta no parece sino que, efectivamente, el alma es inmortal. Los partidarios del dogma de la inmortalidad nos dicen: *Todos los hombres desean vivir eternamente; por consiguiente vivirán.* Pero á estos se les puede contestar: *Todo hombre desea ser naturalmente rico; ¿por consiguiente lo será.*

Pero, de Holbach, con mucha discreción dice (2):

«Todo nos prueba que obra el alma como los demás seres de la Naturaleza, que no puede ser distinguida del cuerpo, que nace, crece y se modifica con él, y en fin, todo debe convencernos que perece al mismo tiempo. Tanto el alma como el cuerpo, pasan por un estado de debilidad, desde el cual empiezan sus experiencias, y se forma un sistema de conducta, que sirve para hacerle obrar de un modo de que resulta su felicidad ó su desgracia, sus virtudes ó sus vicios. Llegada con el cuerpo á su madurez, no cesa un instante de sentir las mismas sensaciones, las mismas penas y los mismos placeres, y, por consiguiente, es capaz de aprobar ó desaprobado su estado de estar sana ó mala, activa ó perezosa, despierta ó dormida. El hombre en su vejez se muda enteramente, sus nervios se enfrian, su vista se turba, sus oídos se endurecen, sus ideas se pierden, su memoria desaparece y su imaginación se adormece: luego, ¿en dónde está su alma? adormecida al mismo tiempo que su cuerpo, se ha enfriado con él, y llena sus funciones con el mayor trabajo. ¿Luego se dirá que es diferente del cuerpo?»

Decididamente los sistemas espiritualistas van á menos, porque lógica más contundente no se puede dar, y que los ponga más en confusión.

(1) *Lecciones sumarias de Psicología*, por Giner, Soler y Calderón.

(2) *Sistema de la Naturaleza*, t. II, cap. XIII.

Táchese tal sistema de materialista; bueno, ¿y qué? Si lleva la demostración impregnada de tal silogismo, ningún otro puede pasarle una venda por los ojos.

Por esto cuando afirmábamos la existencia de una filosofía positivista que iba conquistando las conciencias, no podíamos menos de sentirnos satisfechos por cuanto la paradoja comenzaba á eclipsarse.

*
**

Sigo copiando á de Holbach:

«Viendo los hombres que existía dentro de ellos una fuerza oculta que dirigía y producía el movimiento en mecánica, creyeron que la Naturaleza entera, de quien ignoraban la energía y el modo de obrar, debía sus movimientos á un agente análogo á su alma, que tenía el mismo poder sobre su máquina, que el alma tenía sobre el cuerpo. Como el hombre se creyó doble ó compuesto, se le figuró que la Naturaleza lo era igualmente, y, por consiguiente, hizo una diferencia entre ella y su energía, separándola de su motor, á quien llegó á hacer espiritual. Este sér distinguido de la Naturaleza fué considerado como el alma del mundo, y las almas de los hombres como unas partículas emanadas de esta alma universal.»

Con esto indica que con más razón los hombres pudieron forjarse idea de un Creador, de Dios; y así se vé, en efecto, en un hombre cuya ciencia es la que ha dado fecundos impulsos á la filosofía positiva (1), y exclama al finalizar la *synthesis de la constitución mecánica del universo*, después de haber afirmado que la inteligencia del hombre es la que llega á subyugar y aprovechar las fuerzas de la Naturaleza... «que analice—el hombre—el tiempo y el espacio, y cree las divinas matemáticas; que se analice, en fin, á sí mismo y se siente elevado hacia Dios.»

De modo que después de haber afirmado con teorías positivas la indestructibilidad y la increabilidad de la materia y de la energía; después de haber sostenido el eterno é imperturbable movimiento que es inherente á la materia universal, sale con una idea que revela más bien mala fe que creencia. Y si consiste en lo segundo, hace naufragar su filosofía en un arrecife del que no puede salir á menos que no se estrelle. De todos modos suficientemente está explicado que interesa al hombre conducirse por las vías positivistas; jamás por las idealistas.

Hé ahí porque actualmente en el movimiento intelectual se notan esas paradojas que sólo el progreso hará desaparecer.

LORENZO CABÓS.

Ningún progreso social serio y durable es posible, si la mujer no participa de él para ayudarlo y beneficiarse.

CH. LETOURNEAU.

(1) De "Los Extasis de las Montañas"

La zampoña

Lux no alisa el corpiño, ni presume en la moña; duda y calla, cruelmente, y, en adustos hastíos, sus encantos se apagan con dolientes rocíos y su alma en precoces desencantos otoña. Job, también, hace tiempo, receloso, emponzaña sus ariscos afectos con presuntos desvíos; y á la luna y durante los ocasos tardíos dá en contar sus dolencias á la buena zampoña. En casa, las amigas de Lux le hacen el santo, la obsequian y la adulan... Bulle la danza, en tanto Lux ríe; su hermosura esa noche destella; más de pronto, se vuelve con nervioso desvelo, la cabeza inclinada y los ojos al cielo, pues há oído que llora la zampoña por ella!

Canícula

Labora la coqueta falange rusticana, que se prepara el sábado para lucir su misa, Zumba la pedrería musical siempre á prisa de la colmena. Un grillo cri-cra entre la ventana... La tarde suelta fuego. No cesa la roldana!... La jente en los sembrados anda está vez remisa, y hasta la dócil yunta al aguijón sumisa obedece por cierto que de muy mala gana. Holgando breves horas en la estación que enerva, zagales y zagales se unen sobre la hierba... Ellas, descuidan blancas florescencias carnales, que muestran, aguas puras, su interior sin manchilla. Cantan, juegan, y todos son un alma sencilla tal como en las desnudas épocas fraternales!

Claroscuro.

Son campos solariegos... Tal vez ¡ay! ese muro algún idilio trágico en su horfandad recuerde; y la hiedra misántropa que su mármol renuerde dió sombra al gran Virgilio ó á Lamartine tan puro. El viego caserío chato, de aspecto duro, allá en los accidentes sonámbulo se pierde, y la pradera huraña mira en éxtasis verde al monte que el cielo enfosca un gesto obscuro! La siembra su chillona, rástica pompa viste en pañuelos pictóricos que van hasta los cerros bordado de hortalizas, de lino, mies y alpiste... Y en tanto, entre las roncas alarmas de los perros, el tren se hunde en el túnel, como en ciclón de fierros, el llanto de una gaita vuelve la tarde triste

La casa de la montaña.

Ríe estridentes glaucos el valle; el cielo franca risa de azul; la aurora ríe su risa fresca, y en la era en que rien granos de oro y turquesa exulta con cromático relincho una potranca...

Sangran su risa flores rojas en la barranca, en sol y cantos ríe hasta una oscura huesa, en el hogar del pobre ríe una limpia mesa, y allá sobre la cumbres la eterna risa blanca. Mas, nada ríe tanto con risas tan dichosas como aquella casuca de corpiño de rosas y sombrero de teja que ante el lago se alía. ¿Quién la habita? Se ignora. Misteriosa y huraña, se está lejos del mundo sentada en la montaña; y ríe de tal modo que parece una niña.

JULIO HERRERA Y REYESIG.

(1) Inédito.



EL TIGRERO

Fué en uno de los humildes ranchos que se levantan en las escarpadas márgenes del Paraná que conocí á un viejo correntino, «el tigrero»; nombre con que lo designaban sus amigos, los cazadores de nutrias y carpinchos, que allí pasan la vida, lejos de todo bullicio, ora luchando

á brazo partido con las fieras de las selvas, ora bogando en sus canoas en busca de esos cuadrúpedos acuáticos que salen de sus guaridas en las noches apacibles de esplendente luna.

En las largas noches de invierno, cuando la baja temperatura obliga á las nutrias y carpinchos á refugiarse en sus guaridas, también los *carpincheros* se recogen en su humilde rancho y pasan así largas horas, entre cuentos extraños, y narraciones de aventuras pasadas en sus cacerías.

Fué en una de esas noches, en que pude darme una idea clara de lo que es la vida de aquellas pobres gentes; una continua cadena de aventuras en las que siempre se corre el riesgo de perderla.

Cuando escasean las nutrias y los carpinchos, el hambre viene á golpear á la puerta del hogar, entonces cambian de trabajo y con él de nombre, ya no son los *carpincheros*, son los *tigreros*. Abandonan las costas para internarse en los bosques, y, cosa rara, el fusil que emplean en la caza de animales inofensivos cuales son la nutria y el carpincho, queda en el rancho, y como arma segura para tan temido adversario, (el tigre) usan largos y filosos cuchillos.

Narrar sus proezas y aventuras, no es mi propósito, y merecería un capítulo aparte, solo diré que para lograr la estimada piel de esa fiera, aguardan el ataque de frente, con una serenidad pasmosa y un coraje á toda prueba, dependiendo en ese instante su vida del hábil manejo del cuchillo enorme.

Por lo general salvo raras excepciones el cuchillo (con una precisión matemática toca el corazón del adversario, y, confundiendo los dos tigres en un abrazo, concluyen por separarse: uno en tierra manando sangre roja, y el otro en pié sonriente pero también sangrando.

Volvió el cazador con su trofeo al humilde rancho y siempre recordaré ese instante cuando al dejar en tierra la hermosísima piel del tigre, dijo á su compañera entre orgulloso y satisfecho «ya tendrán pan los chicos.»

«Diga ño Pedro» le dije luego que hube admirado la hermosa piel «¿cuanto le pagan por ella?»—«quince nacionales», me contestó; y luego continué—¿parece que lo ha herido el tigre ¿no?»—«No muchacho, no, me ha rajau.»

El *vazguño*, eran tres tajos profundos abiertos en su tostado rostro lleno de cicatrices, por la potente garra del felino.

Llegó la noche y entre los cueros de nutrias y carpinchos, frescos unos, salados otros, ten-

(1) Félix Marco, *L'unité dynamique ou l'atome tourbillon.*

didos á manera de colchón, traté en vano de conciliar el sueño.

Acudían á mi mente las escenas de la caza con sus funestas consecuencias, y más que todo la explotación descarada, de que son víctimas esas pobres gentes, por parte de esos verdaderos piratas de las costas que aprovechando la espantosa miseria que reina en invierno entre ellos compran á tan vil precio la piel de un tigre que á veces cuesta la piel de un hombre. ¡Quince pesos! la vida de un *tigrero*.

Pero, ¿qué importa la vida de uno de esos valientes cazadores, si esa piel cuidadosamente curtida será un objeto de admiración y de lujo, en alguna sala de nuestras gentiles porteñas?

FLORENTINO GIRIBALDI.

“Pero ella tuvo la culpa”

—«Pero ella tuvo la culpa», exclamaba una burguesita del brazo de su novio á la salida del teatro, después de haberse representado la obra de J. Dicenta «El crimen de ayer.»

—Si no toda, al menos en gran parte, decía su acompañante. ¿Lo ve usted Clarita? y después nos dicen las mujeres, que los hombres somos inconstantes en el amor.

Usted, comprenderá que aquel jóven, (el personaje de la obra) no iba, y no debía sacrificar su reputación, su nombre y su posición en cambio de la calaverada estudiantil, no, no es posible, ¿que diría el mundo? y á más, que *todo eso*, no es sinó el aprendizaje para cuando uno se case y pueda formar definitivamente una familia. Considere usted Clarita que si bien es algo cruel el caso de esa mujer abandonada (la protagonista de la obra) son sacrificios que exige el buen orden social.

—Sí, si Daniel yo le creo á usted, porque si ella se hubiera negado á sus pretensiones, él la hubiera dejado ¿no? Naturalmente. Si ahora ya comprendo que *la culpa ha sido de ella*.

Entre el remolino de la gente que salía del teatro, los perdí de vista, y su conversación me empujó á meditar el asunto.

«Pero ella tiene la culpa» esas palabras pronunciadas por la rubia y gentil burguesita de argentina y atrayente voz, resonaron en mis oídos como aplastantes martillazos: ¿con que tiene la culpa?

Una jóven sin instrucción, de educación nula, que solo tiene á su alrededor la miseria como consejera, en la edad en que las ilusiones doradas de la juventud convergen siempre en el

amor, encuentra un día en su camino á un jóven elegante, cumplido caballero en sus modales, que desliza suavemente en sus oídos palabras amorosas, tan dulces, de esencia tan embriagadora, que la joven, en cuyo rostro el rubor se exterioriza con sus tintes de grana, baja turbada la cabeza....

Al separarse de ella el jóven, ella vuelve á menudo la cabeza, y al ver sus insistentes miradas piensa ¡ay! sin querer, en él.

De noche turba su sueño el pensamiento constante que vuela al lado del jóven de la vispera, y se imagina que está ahí, junto á su cabecera repitiendo sus protestas amorosas, con acento cada vez más conmovido, más acendrado....

Los días se han sucedido y la jóven condescendiente siempre, que necesita depositar en alguien sus amarguras, encantada por aquel jóven cuyas palabras consuelan como bálsamo en heridas constantemente abiertas, toma sin darse cuenta ella misma, cariño al joven elegante y de modales distinguidos que tiene para ella palabras tiernas y afectuosas, mezcladas con algo de amor y protección.

Ella locamente enamorada de él entregóse en sus amorosos brazos; fatalidad fué el desliz.....

Pasó un tiempo, ella ocultó su falta á sus padres, que en su ignorancia no hubieran vacilado en arrojarla al arroyo y ante esa negra perspectiva, no vaciló en arrojarla nuevamente en los brazos del jóven que se los tendía con simulada protección.

Desde entonces hicieron vida en común. Ella todo candor, todo inocencia y pureza aún después de cometida su falta, poniendo todo su acendrado amor y cariño en hacer feliz al hombre de sus ensueños, y él que procuraba con falaz hipocresía corresponder á sus caricias y mientras que su idea era tenerla como objeto de placer; mientras corría el tiempo y concluía su carrera, para abandonarla y correr luego á la paterna casa, situada allá en un rincón de provincia abrirá su escritorio de abogado. Sus padres buscaríanle una futura que en su canastilla de boda trajera medio millón y se recluiría á su familia y á sus clientes.

Pero el hijo inevitable á tales abrazos vino, con alegría por parte de ella que experimentó el indecible placer de mujer-madre, con frialdad y cierta repulsión por parte de él, pues el hijo no entraba en su programa, y hacia más difícil la ruptura.

Y, ella la inevitable ruptura en tales uniones, en que falta el cariño y la armonía de corazón y voluntad por una parte, y en la otra existe el más acendrado y exigente amor, se presentó.

Acabada su carrera, sin despedirse de la que durante dos años había sido su enamorada y fiel compañera, marchó á la paterna casa, mientras ella la fiel y amorosa amante-madre abandonada á sus propias fuerzas, ante una sociedad ruin, hipócrita y llena de prejuicios; para procurar subsistencia al hijo de sus entrañas viose obligada á revolcarse en el lodazal inmundo que tiene la sociedad para ofrecerlo como lecho expiatorio á mujeres inocentes, por el crimen de su ignorancia que consiste en haber creído ciertas las caricias é hipocresías premeditadas de truhanes que mistifican lo más sagrado que existe: el amor.

¡Ah! no lo puedo remediar; á veces resuenan en mis oídos como aplastantes martillazos las frases de la rubia y gentil burguesita de argentina y atrayente voz:

«Pero ella tiene la culpa.»

ARNALDO GADEA ESPI.

La vida á su fuente

IMPRESIONES DE VIAJE

Leía el otro día en *La Prensa* un cuentito de poeta en el que su autor, con bondadosa intención y toda la persuasiva elocuencia de que es capaz un poeta cantando la influencia benéfica de la poesía sobre la marcha de la humanidad á través de los siglos, trataba de convencer á su hermano el proletario que trabaja rudamente y prosaicamente para ganar su sustento «todos los días, desde que el mundo es mundo», que error muy grave era el querer alejarse de los poetas y de sus poesías como, dice, parecía tener tendencia en hacerlo en la actualidad.

Sin la poesía que suele adornarlas más pueriles vulgaridades; pone corona de verde laurel sobre la frente de grotescos arlequines ó de sanguinarios tiranos; y canta himnos de gloria al trabajo oprobioso...; sin las brillantes visiones de ensueño evocadas por los poetas en las que la pesada é ignominiosa cadena atada al pie del proletario se convierte obediente en liviana y poética guirnalda hecha con todas las flores más brillantes y preciosas del jardín de las musas; uno se quedaria,—según Richopin—sin fuerza reactiva contra los sinsabores de la vida.

Solo dejando su imaginación vagabundar libremente sobre las alas de oro de la poesía puede el trabajador olvidar el infierno terrenal donde arrastra su lamentable miseria, fria rea-

lidad. Y es por esto que necesario se hace cultivar las rimas cuya bienhechora influencia hace callar las blasfemias del explotado atormentado que ruge de rabia impotente, haciendo vislumbrar á sus ojos extraviados por la desesperanza, algo así como aquellas fugaces visiones engañosas que se presentan á la vista del explorador extenuado y perdido en el desierto, enseñándole traidoramente fresca, verde y salvadora oasis donde podrá por fin saciar su sed abrasadora y gozar á su gusto de la sombra propicia al descanso reparador.

¿Y después?... después, del embriagador ensueño de un instante, vuelve á surgir más implacable á nuestro paso la odiosa y aplastadora realidad de todos los días.

Contemplando el paisaje campestre que se desarrollaba rápidamente á mis ojos desde la ventanilla del vagón que me trasladaba á regiones más lejanas, me sorprende monologando sobre este poder superior y extraordinario que los poetas mediante sus poesías se adjudican, en competencia con estos otros ilusionistas que son los prestidigitadores, de hacernos ver color de rosa lo que comprobamos ser de un negro de sotana, admirando la facilidad incomparable con la cual estos felices inspirados transforman á su gusto la imagen real de los objetos colocados ante nuestra retina por medio de su tan mágica como sorprendente ciencia.

Por suerte, ó por desgracia mía, mi cabeza estaba libre de sugerencias poéticas respecto al panorama que yo debía atravesar, y tuve que conformarme con verlo con mis propios y muy profanos ojos, es decir que lo que vi no podía ser sino de una realidad muy prosáica, chata y fea, como que esta realidad era la llanura monótona, inmensa y sin fin de las pampas argentinas.

¿Cuánto tiempo, cuantos años pasarán antes que éstas regiones desnudas presenten á la vista del viajero ávido de las bellezas naturales el aspecto encantador de jardín florido de ciertas campiñas europeas, donde la variedad de las culturas en espacios de poca superficie de tanta *poesía real* á esos sitios de predilección?

Ni en las colonias agrícolas, donde se explota el suelo en grande, cubriendo la tierra de altos y rubios espigos ó de largos y melencos choclos, se tiene la sensación de felicidad y bienestar que uno se figura, erróneamente, existir en estos gigantescos graneros sudamericanos.

Cuando uno se representa lo que es la vida del agricultor de aquí, de este proletario de la

Agrupación Hacia la meta II

Gran Velada Artístico-Musical
à beneficio de "La Protesta"

El 21 de JUNIO á las 8 p. m.

En la Unione Benevolenza Cangallo 1368

PROGRAMA

- I. - Sinfonia por el "Orfeón Libertario".
- II. - Conferencia por MANRESA HERRERO
que disertará sobre el tema:

"El arte contribuye al perfeccionamiento humano"

- III. - Se llevará á escena el grandioso drama
social en tres actos de ENRIQUE IBSEN



LOS ESPECTROS

REPARTO

Elena..... M. Suvirana
Oswaldo Alving..... J. SALAR
Pastor Manders..... S. Nachón
Engstrand (carpintero)..... A. Guichard
Regina Engstrand..... M. Esteva

- IV. - El sensacional monólogo trágico antialcoholista de I. Yugué S. Miguel
"LA HERENCIA DEL ACOHOL" desempeñado por el compañero José SALAR
- V. - GRAN CONCIERTO DE VIOLIN por la compañera M. Noaceo

NOTA - Las decoraciones para "LOS ESPECTROS" han sido expresamente pintadas por un conocido escenógrafo.

Entrada general \$ 0.70

NUESTRAS PUBLICACIONES

EL DESPERTAR

Oficina: CALIFORNIA 562

Subscripción:

Número suelto \$ 0.10—Mensual en toda la
República \$ 0.20—Trimestral \$ 0.60

GERMEN

Revista Mensual

Oficina: LIBERTAD 358, Departamento 5º

Número suelto \$ 0.15

LUZ AL SOLDADO

Periódico antimilitarista

Oficina: CALLE SUPERÍ 1372

Subscripción voluntaria

LA MENTIRA

Revista semanal

Oficina: MONTEVIDEO 908

Subscripción:

Trimestre \$ 1.20—Número suelto \$ 0.10
Atrasado \$ 0.15—Exterior: convencional

Material Literario y Artístico Inédito

L' AGITATORE

Periodico Anarchico individualista

Oficinas provisorias: Calle LIBERTAD 837

Si publica per sottoscrizione voluntaria

LUZ y VIDA

PERIÓDICO

363 — CALLE OLAVARRÍA — 363

VIA LIBRE

PERIÓDICO

1435 — CALLE INDEPENDENCIA — 1435
ROSARIO

GERMINAL

PERIÓDICO

SAN PEDRO (F.C.R.)

Pensamiento Nuevo

— PERIÓDICO —

MENDOZA

LA LUCHA

— PERIÓDICO —

TUCUMÁN

EL PROLETARIO

— PERIÓDICO —

CÓRDOBA

BAUTISTA FUEYO

Paseo de Julio 1342

Centro de suscripciones á revistas y periodicos

Entre las numerosas obras de estudio se hallan en venta
“EL HOMBRE Y LA TIERRA” de **ELISEO RECLÚS**

La obra maestra del gran escritor, de renombre universal, no necesita encomio.

Conocido el autor como uno de los hombres que han aplicado la ciencia al bien de la humanidad, su obra ha de interesar á cuantos lean y piensen; á cuantos busquen en un libro no sólo el solaz para la imaginación, sino los conocimientos necesarios para orientarse en las luchas de la civilización moderna.

Traducida por el conocido publicista libertario

ANSELMO LORENZO

y se publica revisada por el catedrático de la Universidad de Barcelona

EDÓN DE BUEN

Constará la obra de seis tomos, de más de seiscientas páginas, de los cuales van ya publicados tres. En ella figurán gran número de grabados intercalados en el texto, láminas sueltas, mapas en negro y en colores tirados con toda pulcritud.

Se reparte por cuadernos semanales á 0.50 centavos

Un tomo encuadernado en tela \$ 12.00

Recibe suscripciones al **BOLETIN DE LA ESCUELA MODERNA** (Barcelona)

Interesante para todos aquellos que quieran emanciparse de toda suerte de preocupaciones y aspiren al bien de la humanidad.

PRECIO DE SUBSCRIPCION

Por año (en la Rep. Argentina).....\$ 2.50
 Número suelto..... 0.20

NOVEDAD

EL INDIVIDUO Y LA MASA Y LA EDUCACION DE LA LIBERTAD
 por A. PELLICER PARAIRE

Tengo la satisfacción de poder ofrecer estas dos conferencias que hasta ahora permanecieron completamente ineditas del que fué uno de los maestros de la generación actual.

Las dos publicadas en un folleto valen \$ 0.10

Pedidos Paseo de Julio 1342 BUENOS AIRES



Salón-Teatro José Verdi

— ALMIRANTE BROWN 736 —

Gran Función y Conferencia

ORGANIZADA POR EL CENTRO DE E. SOCIALES EL INTERNACIONAL

➤ A beneficio total de la Escuela Moderna de B. Aires ➤

Sabado 20 de Junio de 1908 á las 8 p. m.

* * * PROGRAMA * * *

- 1º Hijos del Pueblo por el orfeón.
- 2º EXTRENO!! EXTRENO!! Del grandioso drama social en tres actos original del aplaudido autor social, compañero LERÓN VIEYTES, cuyo título es:

LA LEY DE RESIDENCIA

- 3º Conferencia por un compañero á nombre de la Escuela Moderna.
- 4º La Marsellesa por el Orfeón.
- 5º Se pondrá en escená la aplaudida comedia social en un acto y prosa, original del fecundo autor LERÓN VIEYTES que lleva por título:

¡ BASTA DE ESCLAVOS !

- 6º Conferencia por el compañero Federico A. Gutierrez (Fact Libert).
- 7º EXTRENO!! EXTRENO!! del cuadro plático dramático social, original del poeta sociologo, compañero LERÓN VIEYTES, titulado:

¡ DEL FONDO Á LA CUMBRE !

Desempeñado por su autor.

ENTRADA GENERAL \$ 0.70

tierra cuya dura labor bajo el fuego abrasador de los rayos solares es siempre invariablemente la misma: sembrar trigo y cortar trigo, no se puede menos que sentir compasión por esta máquina de carne desdichada cuyo esfuerzo de condenado ha de aprovisionar las ciudades del nutritivo é indispensable alimento.

Puede ser que estas culturas extensivas tengan su razón de ser en la sociedad actual, pero no hay duda de que ellas deberán desaparecer en tiempos de Anarquía.

No, el porvenir de la agricultura no será, no puede ser el de las regiones sin fin cubiertas de un mismo y siempre igual producto, primeramente porque se llegaría por este sistema á un inevitable debilitamiento del suelo que lo dejaría impropio al cabo de cierto tiempo para nuevas y abundantes cosechas, y después y sobretodo porque no habra quien estaría dispuesto á consagrar su tiempo y sus fuerzas á una labor tan desprovista de atractivos como esta.

Si no fuese por la maldad de la organización social actual que aplasta al trabajador de la tierra exigiéndole una contribución desproporcionada con lo que puede producir, el campesino de ciertas regiones del mediodía de Francia, por ejemplo, podría darse como ejemplo y modelo de lo que debería ser el hombre de campo del porvenir.

Poseedor de las tierras que él puede trabajar conjuntamente con tres ó cuatro ayudantes, su pequeño dominio produce *todo* lo que es necesario para la existencia.

En fajas de terreno apropiado siembra trigo, papas, lino, maíz, alfalfa, etc., en la pendiente de la colina viñas lo suficiente para su consumo de vino; árboles de todas clases les dan sus frutas; el nogal las nueces con las cuales hace aceite; una exigua porción de monte le proporciona la madera que necesita para sus culturas, sus herramientas y calentarse en la fría estación. El mismo rotura sus tierras; poda la vid, los árboles; vendimia la uva; hace su vino, su pan, queso, manteca, etc., y en su huerta crecen legumbres en abundancia (sabido es que, en general, el campesino es casi exclusivamente vegetariano). En el establo están los animales que le ayudan en sus tareas: un par de bueyes, uno ó dos caballos, vacas, carneros, chanchos, etc.

Este agricultor lo sabe hacer todo, es universal. Su inteligencia se desarrolla forzosamente ante tal variedad de ocupaciones y llega á adquirir así, prácticamente, toda la plenitud de conocimientos que son indispensables al hombre

que quiere por su propio esfuerzo subvenirse á sí mismo sin tener que pedir á nadie, aspiración ideal cuya realización es sinónima de libertad completa, norte del anarquista perfecto.

Y para demostrar, que este conjunto de labores no esclaviza de ninguna manera á quien se dedica á ellas, como parecería, diré que conozco campesinos que aún tienen tiempo de sobra para dedicarse á la cría del gusano de seda, y á más hacen de herrero en la aldea donde residen!!

Evocaba entonces aquellos lugares llenos de vida alegre y sana, donde no es necesario el cantar de ninguna lira para sentirse dominar por la verdadera é intensa emoción que embriaga el espíritu al gozar en todos sus detalles la sublime y prodigiosa poesía que se manifiesta á nuestro alrededor de la vida en incesante gestación, y comparándolos con la triste monotonía de estas chatas y siempre iguales regiones, me pareció que allá y no aquí está escondido el secreto de la dicha del porvenir; allá donde más íntimo y delicado es el trato entre fecundador y fecundada, de cuyas caricias apasionadas, tan diferentes del brutal abrazo del impaciente y codicioso americano, brotan del suelo las maravillosas creaciones adorno y prenda de la siempre generosa y bella naturaleza.

PIERRE QUIROULE.

Rancho del Ombú.

La moneda falsa

—Toma, pillete; esta moneda es falsa.

Y malhumorado y brusco, rechazó violentamente el cobre sobre el mostrador, del que finalmente cayó al suelo rodando hasta cerca de la amplia puerta.

El muchacho corrió tras la moneda, la alzó, contempló el napoleónico rostro y el imperial escudo de la otra cara y rojo de vergüenza exclamó:

—¿Con que falsa? ¿Y yo soy un pillete?

—Si; lo eres, porque pretendías pasarla y llevarte los caramelos. ¡Ladronzuelo!

El tono encendido se amortiguó en las mejillas del pequeño, que quedaron casi instantáneamente, pálida, con amarilllear de rabia impotente.

Fulguraronle los ojos, y febril, salió á la calle, tomó un cascote y rápido, con impulsividad de colérico, arrojolo contra la vistosa vidriera en la que se exhibían recipientes llenos de ca-

ros vinos de color topacio, latas bien repletas de conservas alimenticias procedentes de las más lejanas costas, y otros mil productos diversos.

El cristal se trizó en cien partes con chasquido de latigazo y tintineo de aceros.

El mozo saltó de un brinco el mostrador y quedose frente al escaparate, absorto, contemplando el destrozo causado por la pedrada. Después, miró á un lado y otro de la calle, sin que entre el gentío que por ella discurría pudiese hallar la silueta del muchacho, que veloz, después de su rápida venganza, había desaparecido sin que nadie intentará detenerle, aprovechando el estupor que en los transeuntes que se percataron de su acto causara el caer de vidrios y el chorrear de las botellas á que alcanzó el desastre, y quienes antes bien que á perseguir al chicuelo se dieron á curiosear la maltrecha vidriera y calcular el monto de los perjuicios.

Ya á salvo de represalias, el muchacho volvió á mirar el cobre y se entregó á profundas reflexiones.

Esta moneda es falsa—se decía—¿y por qué? Es igual á todas las demás, salvo los dibujos que tiene, y aún esto no es una razón porque aquí mismo hay muchos billetes y monedas con dibujos distintos y nadie dice que son falsos.

¿Será por que es francesa? Y bien; en Francia muchos millones de hombres usan monedas como éstas y no sólo los franceses sino cuantos allí van, y todo las consideran buenas.

¿Acaso una moneda deja de ser moneda porque la lleven á otra parte? ¿El cobre no es cobre en todos lados?

El muchacho no encontraba solución al problema que se había planteado.

Y lo sentía, no tanto seguramente por el problema en sí, sino porque se veía privado de saborear los caramelos que había intentado comprar con tan mala suerte y accidentado resultado.

Cuando su confusión era más grande, encontrase con otro mozalbete algo mayor que él á quien explicó todo lo que le había sucedido y las dudas que le embargaban.

Escúchole el otro atentamente y con aire de suficiencia casi doctoril respondióle:

—La cosa es de lo mas sencillo. Tu eres francés; vas á Alemania, pero no eres alemán.

—Si; cierto—contestó el chicuelo.—Pero soy hombre en Francia y en Alemania y valgo tanto en un lado como en otro. Igual mi moneda. Es cobre y es moneda en todas partes.

—No es igual. Eres hombre, pero no ciudadano; y en Alemania ni puedes votar, ni legislar, ni nada.

—¿De veras? Pero puedo y tengo que trabajar, que comer, que vivir y que cargar con leyes que yo no hice y en las que para nada intervengo. Y esto es una barbaridad, como la de no admitirme esta moneda.

—Será barbaridad, pero así es y hasta en tu misma tierra tienes que obedecer las leyes que hacen otros. Mira; fijate bien en que si tu hicieras una moneda de cobre igual que esa ni en la misma Francia te la admitirían y hasta te llevarían á la cárcel si llegasen á saber que tu la habrias hecho.

—Pero la haga yo ó la haga otro ¿qué más tiene? ¿No es cobre igual? Un par de zapatos ¿no será siempre un par de zapatos lo fabrique quien lo fabrique?

—Ciertamente... pero no es así.

—Bien; pero debería serlo.

—Mira; ¿hagamos una cosa?

—¿Qué?

—Ahora que está anocheciendo vamos á aquel almacén á comprar caramelos con el cobre; pueda ser que no se fije el dependiente y podamos pasarlo.

—¿No decías que las leyes hay que respetarlas?

—Cuando no hay más remedio... Pero si se pueden burlar, se burlan. Trae el cobre; ya verás.

—Y si no te lo reciben, ya verás tu como le bajo media estantería de un ladrillazo. Así sabrá el almacenero si vale un cobre tanto como otro y si valen más unos caramelos que cinco ó seis botellas rotas, y si pueden las leyes impedir que le rompa la cabeza.

Dicho y hecho. En tanto el uno fué á ver si colaba el cobre, el otro se armó de una buena piedra para cumplir su promesa.

Afortunadamente para los muchachos, y hasta para el comerciante mismo que bien ajeno estaba de la amenaza del chicuelo, el dependiente no se fijó en la moneda, y un momento después chupaban golosamente los dos pequeños los caramelos adquiridos.

—Es lo que yo digo;—decía el más chico—un cobre vale tanto como otro cobre, y un hombre es hombre en todas partes.

Las leyes y las figuras de las monedas, son letras y dibujos que no valen un silbido. Un descuido ó un poco de oscuridad las inutilizan. Y sino... un buen cascotazo.

Charlando de esta suerte siguieron calle arri-

ba con las manos pringosas y los labios reluctantes por el dulce, satisfechos y gozosos porque habían burlado la ley, y los caramelos estaban muy ricos.

EDUARDO G. GILIMÓN.

La muerte y la moral ambiente

La moral ambiente en su supia estupidez ha llevado su sanción hasta á los dominios del *no ser*.

El cristianismo, que viene dominando directamente en unos y atavicamente en otros, basado, como está, en lo *espiritual*, en lo *extra-terreno*, en el *más allá* de la vida, es el que ha producido ésta creencia y moral perfectamente estultas. Es casi seguro que esto que la biología rechaza hoy, ha servido en su tiempo para el triunfo de los partidarios de tal doctrina, quienes precisaban valerse de éstos medios. Hoy, que los organismos están bien compenetrados de sus funciones únicas, el Cristianismo se derrumba inevitablemente y si bien es cierto que existe una inmensa cantidad que aún lo practica, la ciencia los ha ya calificado de enfermos por cuanto tuercen el curso natural de las funciones orgánicas para dar paso á la vida artificial que los hechos contradicen á cada momento.

Se ha dado valor á determinados palabras, á determinados hechos y ésta es la génesis única de la moral ambiente....

Concretemos poniendo de relieve las prácticas que se siguen al fallecimiento de un individuo, para demostrar los absurdos de esta herencia atávica de generaciones remotísimas, que ha dado en llamarse *moral*.

Muere un individuo, es decir, *ha dejado de ser*. El hecho, como se ve, no puede ser más natural. Un organismo que llenó su fin en la tierra y que por una ley física inmutable, la ley del equilibrio, dejó de ser individuo para dar paso á otro *que aún no había sido*. Esto es todo.

Aquí viene entonces la estupidez erigida en moral, repartiendo el afecto en dosis más ó menos fuertes según el parentesco (que es también ficticio, nulo) que ata al que *dejó de ser* con el que *es aún*; pero como el dolor ó sentimiento que produce el muerto hay que manifestárselo á los prójimos que á buen seguro no les importa ni les duele nada, esta tuye el luto para los allegados al finado y el cual luto tiene

su tiempo *determinado, fijo*, llevándolo más tiempo aquellos más vinculados con el que *ya no es* y disminuyendo por gradaciones hasta las últimas ramas del parentesco que sanciona el Código Civil. Concluido el *término fijo* del luto acabóse el dolor y allá se vá la gente de francachela conmemorando la terminación de este, es decir, del dolor....

Otra faz de la cuestión.

Mientras el cadáver, la materia de que está formado el individuo y fuera de la cual no hay nada, se disgrega por la fuerza asimilativa de la tierra transformándose en otra multitud de organismos de especies inferiores, aquí, en la iglesia ó en la casa se le rezan misas y más misas para que su *alma* (que no existe) suba hasta Dios (cuya aceptación es la negación de la individualidad). Si la familia del muerto no está de acuerdo con la Religión pero sí imbuída por el atavismo Cristiano, no se le rezarán misas, pero en cambio se llevarán flores que se distribuirán sobre ese pedazo de tierra que se nutre de aquel organismo depositado en su seno.... ¿Se hará esto en la esperanza de que el muerto *vea* que no se olvidan de él? Permítaseme no creer tan estúpidas á los gentes. ¿Será entonces porque se tienen deseos de arrojar flores al suelo? Si es así, confieso que es un deseo bastante extravagante y la verdad es que si yo padeciera de esa enfermedad, si tuviera esa monomanía, no sería tan cándido en ir hasta el cementerio que supone gasto de energía y tiempo, y las arrojaría en el patio de mi casa donde al menos las contemplaría y me gozaría con su fragancia....

Si á un *moralista* de ésta calaña (y cuidado que todos son así) se le hiciera una observación análoga á la que dejo escrita, contestaría sin vacilar que «conveniencias sociales lo obligan á hacerlo».

Esto de las *conveniencias* ya es asunto más serio.

—¿Cuales son esas *conveniencias*?

—Evitar que me critiquen... el que dirán... en fin... dirían que yo no tengo sentimiento por el muerto etc.

¿Y esos son todas las conveniencias? Me parece que no. Esos, son todos los prejuicios.

Si no se tiene afecto por el muerto es absurdo querer demostrar lo contrario, no hay franqueza y si en realidad, se tiene.... absurdo es también hacerlo consistir en un luto.

Los prejuicios, hechos carne en el individuo lo han ligado tanto, lo han hecho tan timorato

y tan débil de cerebro, lo han enfermado de tal manera, que por no llevar el fardo del *qué dirán* encima, prefiere ir lamiendo el polvo del camino que triunfar en la vida!

HORACIO B. ROSSOTTI.

La Plata.

¿Imposible?

Augusto y Alba se aman. Yo voy á visitarlos.

Estando solo con Augusto, éste me dice: ¡Si tú supieras que ganas tengo de acostarme con otra mujer! Nó porque ya no la quiera más á Alba, sino porque tengo deseos de cambiar de carne.

Yó le contesto: Y bien; satisface tu gusto. No te detengas ante prejuicios ni convencionalismos. ¿Acaso tus espasmos pertenecen á ella?

Estando solo con Alba, ésta, me dice lo mismo que Augusto me dijo: que deseaba otro hombre, no para amarlo, sino para gozar con otras nuevas sensaciones en sus brazos.

Y lo mismo que le dije á Augusto, le dije á Alba. Los dos procedieron en consecuencia con sus deseos.

Unos días después, Augusto llegó á saber el acto por Alba cometido, y bramó, y protestó contra ella.

Entonces le dije: ¿Aun cuando tú hayas cohabitado con otras mujeres, sigues queriendo á Alba?

—Sí.

—Pues bien; me consta que ella también te quiere, pese al contacto que tuvo con otro hombre.

Y mi amigo Augusto, que era lógico, que era un integro, que si protestó, fué solamente por restos atavicos de reacción contra estos actos que no están generalizados desgraciadamente, por hipocresía, Augusto, repito, dándose cuenta se quedó conforme con mi explicación, y siguió viviendo con Alba, en estrecha amistad.

El presente caso se lo conté á otro amigo.

—Pero no es posible que ya se quieran... Y si es así, yo no me lo explico.

—Pues bien; yo entonces te lo explicaré. Augusto y Alba se han amado siempre; solo que ahora, ninguno de los dos encuentran placer para si mismos, en el acto fisiológico del coito. Entonces, buscan nuevos placeres en brazos de otros.

Y si se aman sin embargo es porque tienen caracteres afines, porque se comprenden. Ellos han procedido con lógica y con libertad: hacen lo que sus impulsos les dictan, sin considerar si es inmoral ó moral. Obran con conciencia. Y es que han llegado á comprender que mal harían en atar la vida que solo podrá integrarse en la plena libertad.

Sin duda han pensado en que la carne, que es lo que se corrompe y se deforma, que es lo que primero se gasta, no tiene nada que ver con el espíritu,—si puede así llamarse.

Se aman, sí, por las cualidades morales.

Toda la gente que sabe lo que sucede, se ríe de ellos; ellos gozan íntimamente, riéndose de todas las gentes. Así amigo se hace porvenir: con el ejemplo.

Si esto no basta á disipar algunas de tus dudas, veremos si algunas preguntas que te haga servirán á bastarte.

—¿Dime; tú me estimas á mí, me quieres?

—Sí, como nó.

—¿Y porqué?

—Por tu manera de ser... porque eres simpático á mis ojos... por tu bondad...

—Seguramente que no será también con miras de poseer mi cuerpo, ¿verdad?

—Eh!, no seas bárbaro. Si eres un macho!...

—Y bien, tonto, y bien. Alba y Augusto se estiman, de igual manera que nosotros nos queremos. Para ellos, ya no existe el amor. Solo los une un vínculo: la amistad. Y cónstete que si muchas uniones monogámicas subsisten,—exceptuemos esas en que intervienen un sinnúmero de prejuicios—es debido á la amistad que hace la armonía...

—Bueno hermanito, me has convencido. Te lo agradezco. Otro día te haré otras preguntas. Salud! me voy á almorzar!

—Yo también, salud!

FERNANDO DEL INTENTO.

La Plata.

El Lujo

—La tenía sobre mis rodillas—dijo el amigo Rodríguez—y comenzaba á fatigarme la tibia pesadez de su cuerpo de buena moza.

Decoración... la de siempre en tales sitios. Espejos de empañada luna con nombres grabados semejantes á telas del araña; divanes de terciopelo desteñido con muelles que chillaban escandalosamente; la cama con teatrales colgaduras, limpia y vulgar como una acera, impregnada de ese lejano olor de ajo de los cuerpos

constantemente acariciados; y en las paredes retratos de toreros, cromos baratos con púdicas señoritas oliendo una rosa ó contemplando languidamente á un gallardo cazador.

Era el aparato escénico de la celda de preferencia en el convento del vicio; el gabinete elegante reservado para los señores distinguidos; y ella una muchachota dura, fornida, que parecía traer el puro aire de las montañas á aquel pesado ambiente de casa cerrada, saturado de colonia barata, polvos de arroz y vaho de palanganas sucias.

Al hablarme acariciaba con singular complacencia las cintas de su bata, una soberbia pieza de raso, de amarillo rabioso, algo estrecha para su cuerpo, y que yo recordaba haber visto meses antes sobre los flácidos encantos de otra pupila muerta, según noticias, en el hospital.

¡Pobre muchacha! Estaba hecha un mamarracho: los duros y abundantes cabellos, peinados á la griega con hilos de cuentas de vidrios; las mejillas lustrosas con el rocío del sudor, cubiertas por espesa capa de velutina, y como reveladores de su origen, los brazos de hombruna robustez, morenos y duros, se escapaban de las amplias mangas de su vestidura de corista.

Al verme seguir con su mirada atenta todos los detalles de su extravagante adorno, creíase objeto de mi admiración, y echaba atrás su cabeza con petulante gesto.

¡Criatura más sencilla!... Aún no había entrado en las costumbres de la casa, y decía la verdad, toda la verdad á los señores que deseaban saber su historia. La llamaban Flora; pero su nombre era Mari Pepa. No era huérfana de coronel ó magistrado, ni contaba las novelas enrevesadas de amores y desventuras que urdían sus compañeras para justificar su presencia allí. La verdad, siempre la verdad; á ella la colgarían por franca. Sus padres eran labriegos acomodados de un pueblecillo de Aragón: campos propios, dos mulas en la cuadra, pan, vino y patatas abundantes todo el año, y por las noches los mejores mozos del pueblo llegaban en rondalla bajo su ventana para ablandarla el corazón copla tras copla, y llevarse con su moreno cuerpo de moza fuerte los cuatro banales heredados del abuelo.

—Pero ¿que quieres hijo?... Me encontraba mal entre tales gentes; aquella rudeza no era para mí. Yo he nacido para señorita. Di, ¿por qué no he de serlo? ¿No parezco tan buena como cualquiera otra?...

Y frotaba contra mi cuello su cabeza de amorosa dócil, de esclava sumisa á todos los caprichos á cambio de estar bien adornada.

—Aquellos gañanes—continuó—me causaban

repugnancia. Me escapé con el estudiante ¿sabes? con el hijo del alcalde, y rodamos por el mundo hasta que me abandonó y vine á parar aquí esperando algo mejor. Ya ves que la historia es corta... no me quejo de nada; estoy contenta.

Y para demostrar su alegría la infeliz, cabalgaba sobre mis piernas, paseaba sus duros dedos por mi cabeza despeinándola y canturreaba el tango de moda torpemente, con su aguda voz de campesina.

Confieso que sentí el deseo de hablarla «en nombre de la moral», ese anhelo hipócrita que todos tenemos de propagar la virtud cuando estamos hartos y con el deseo muerto.

Ella abrió los ojos asombrada al verme grave predicándola como un misionero que ensalzase la castidad con una cortesana sobre las rodillas. Era el buen sentido sublevado ante la incoherencia entre tanta virtud... y mi conducta de poco antes.

De repente pareció comprender, y una carcajada hinchó su carnoso cuello.

¡Asáural!... ¡Pero que gracia tienes! ¡Y con qué sombra sabes decir esas cosas! Pareces el cura de mi pueblo...

—No, Pepa; te hablo seriamente. Creo que eres una buena muchacha; no sabes dónde te has metido y te lo aviso. Has caído muy bajo, pero mucho. Estás en los últimos. Dentro del mismo vicio, la mayoría de las mujeres se resisten y se niegan á las caricias que os exigen en esta casa. Aún puedes salvarte. Tus padres tienen para vivir; tú no has venido aquí empujada por la miseria. Vuelve á tu casa; lo pasado se olvidará; puedes mentir, inventar cualquier historia para justificar tu huida, y ¿quién sabe?... Cualquiera de los mozos que te cantaban se casará contigo, tendrás hijos y serás una mujer honrada.

La muchacha se ponía seria al convencerse de que hablaba formalmente.

Poco á poco fué resbalando sobre mis rodillas hasta quedar de pié, como si de pronto viese en mí una persona extraña, como si una muralla invisible se hubiese levantado entre los dos.

—¡Volver á mi casa!—dijo con acento duro— Muchas gracias; sé bien lo que es eso. Levantarse antes de que amanezca, trabajar como una negra, ir al campo, llenarse de callos las manos. Mira, mira como las tengo aún.

Y me hacía tocar las duricies que abultaban las palmas de sus fuertes manos.

Y todo esto ¿á cambio de qué? ¿De ser honrada?... ¡Para tí! No soy tan tonta. ¡Toma! ¡Para los honrados!

Y acompañaba estas palabras con unos cuantos ademanes indecorosos, aprendidos en su tertulia con las compañeras.

Después, canturreando, fué á mirarse en un espejo y saludó con una sonrisa la cabeza enharinada y cubierta de perlas falsas que asomaba en la turbia luna, contrayendo su boca pintada de rojo como la de un clown.

Cada vez más aferrado á mis propósitos virtuosos, según sermoneándola desde mi asiento, envolviendo en sonoras palabras mi hipócrita propaganda. Hacía mal; debía pensar en el porvenir. El presente no podía ser más malo. ¿Qué era ella? Menos que una esclava; un mueble; la explotaban, la robaban, y después... después sería peor: el hospital, las enfermedades asquerosas...

Pero otra vez su brutal carcajada me interrumpió.—Vaya, chico, déjame en paz.

Plantándose ante mí me envolvió en una mirada de inmensa compasión.

—Pero, hijo, qué tonto eres; ¿crees que puedo volver á aquella vida de perros habiendo probado esta?... No; yo he nacido para el lujo.

Y abarcando en una mirada de devota admiración los sillones cojos, el diván desteñido y aquella cama por donde pasaba todo el mundo, comenzó á pasear por la sala, gozándose en el *frou frou* de su cola al arrastrar por el suelo, acariciando con las manos los pliegues de aquella bata, que aún parecía conservar el calor del cuerpo de la otra.

VICENTE BLASCO YBAÑEZ.

Ante las sombras

Mi cabeza ardía con toda la intensidad de la lava ignea de los volcanes, oleadas de sangre ardiente, se agolpaba tumultuosa en mis sienes, como si huyera de mi corazón atenaceado por el dolor atroz del vencido. Imposible describir la hórrida tensión estallante de mis nervios! Necesitaba huir, huir muy lejos del inmenso engendro de miles de pupilas centelleantes que me abrumaba oprimiéndome con sus viscosos inmundos tentáculos...

Inconscientemente rumbecé mis pasos al bosque de Palermo. Allí, rendido, con el alma agónica, hastiada de vida, caí inerte en un banco. ¡Que triste y lóbrega estaba la noche con sus tenebrosidades australes!... Solo se escuchaba tenuísimo, acariciante, cual perfumado hálito de la naturaleza fecunda, el vago rumorear de las frondas titilantes, esos misteriosos susurros

de las noches sin luna y sin estrellas. La obscuridad más completa reinaba en torno mío haciendo surgir en mi pecho dolorido, terrores ignotos.

Reflexionaba, con la mirada fija en las tenebrosidades insondeables que me envolvían en su fúnebre velo... Había perdido la noción del ser ó no ser entre aquella magestuosa calma de natura dormida.

De súbito: un calofrío horrible, intencísimo, crispó mis nervios; sentí esa impresión indefinible de que no estaba solo, de que algo, algo inexplicable y pavoroso, había pasado rozándome con invisible y ténue velo, acariciante, suavísimo... Con las pupilas dilatadas por el terror, el cabello erizado, vi algo así como ténue columna de humo amasado con tinieblas que poco á poquito se hacía más y más visible, acercándose á donde estaba, lentamente. Sentía uno ojos tristísimos, plétóricos de llantos y sollozos mudos, mezclados con fúlgidos relámpagos amenazantes, mirándome en la sombra. Más... eran sombra, muchas sombras, destacándose en sinuosidades semi esfumadas. A la opalina claridad siniestra que acompañaba á los misteriosos lúgubres engendros, vi dibujarse con rasgos borrosos, indefinibles, el perfil de Spies, el mártir de Chicago, luego, Bresci, Angiolillo, y otros, muchos otros, que permanecían ocultos, como esfumándose en las densas negruras!...

Hablaban. Sus palabras llegaban á mí, con sonoridades extratías, como etéreas notas. En sus voces se estremecían amenazadores acentos, modulaciones tristísimas, como fúnebres cantos de angustias y dolores... Hablaban de los que quedaron, de su obra, de la inmensa obra que habían llevado á cabo sus corazones de titán, de su sangre derramada pródigamente, en el surco abierto y feraz, creyendo que las semillas surgieran fuertes, plétóricas de savia viril... Ellos, ellos habían sido la avanzada valerosa é intrépida que empezara á derruir las barreras antes casi inexpugnables é imarcescibles, pensando que miles de compañeros, de aquellos hermanos que habían dejado, empuñarían con férreos puños las aceradas vengadoras armas... ¡Nada!... Volvían y encontraban la bestia de ayer, también bestia, ahora doblegándose humildemente ante el latigazo sangriento de sus amos, dándoles su carne, su vida, su todo, sin que un espasmo de odio rebelde armase sus brazos forjados en el yunque depurante del dolor atroz de la esclavitud aplastante... De nada había servido su sangre, que había dejado sobre la tierra sangrientas huellas: el lomo del esclavo sigue purporeándose san-

guíneo... Todo por la cobardía, por esos corazones desfallecientes ante el peligro, gime toda la humanidad de infortunados...

Las sombras clavaban en mi sus pupilas siniestras, de fijeza hipnóticas, fascinantes, como mudo y amenazante ruego, ó perentoria orden, de que llevase á sus hermanos, á sus compañeros, sus agónicas lamentaciones. ¡¡Valor!! ¡valor hace falta!—oí que balbucían—¡¡con valor se vence!! ¿á cuando esperais para tenerlo?... ¿sois cobardes?... ¿por qué os quejais entonces cuando el infortunio hunde con ferocia las garras en vuestros pechos...? ¡Valor! ¡mucho valor! que el odio santo arme vuestros brazos...

Y las sombras siguieron hablando, hablando... con modulaciones pletóricas de llores, de angustias, descubriendo la espantosa ecatombe de aquellas almas todas amor, amor de libertad redentora, como si ahora desconfiasen de su obra grandiosa, inmensa, humana...

De pronto, vi la sombra de Spies adquirir proporciones insólitas, gigantescas, extender su brazo hercúleo sobre la ciudad dormida, clamando con voz que compendia la furia de los huracanes y el desencadenamiento de irresistibles violencias de corazón de Hércules: ¡¡que maten!!... ¡¡que aplasten!!... ¡¡que derrumben!!...

Hubo un instante de estupor, de sepulcral silencio... Todo se esfumó en el negro velo... Un vértigo se apoderó de mí; di algunos pasos, tambaleante, loco, y caí desplomado sobre el gláuco césped.

Cuando desperté, alboreaba: el cielo incendiándose en purpúreos fúlgidos arreboles, la tierra estremeciéndose voluptuosa á la caricia radiante de su amado, uniéndose á el en cotidiano fornicio...

Y en mis oídos seguía resonando, aquella arenga, aquel rugido de un corazón herido, vibrante, sonoro, como un cántico de horrores:... ¡¡Que maten!!... ¡¡que aplasten!!... ¡¡que derrumben!!... ¡¡Valor!! ¡¡Mucho valor!!

LUZBEL.

La esterilidad voluntaria

Onán es un personaje histórico, á quien los libros sagrados han asignado el singular honor de dar nombre á un fraude hecho por el hombre á la naturaleza, para lograr el placer venéreo sin fecundación posible. *Semen fundebat in terram, en liberi nascerentur, etc idcirco percussit eum (Onán). Dominus quodrem detestabilem faceret*, Onán es ante la historia el principal responsable del ananismo conyugal,

pero, antes que él y después que él, en todas partes de la Tierra, el hombre ha intentado de diversos modos detener la excesiva fecundidad de la mujer, y zagateando el útero el tributo á que tiene derecho, coge el varón la flor despreciando el fruto. Muchos hombres, pocos morales, hacen abortar á sus mujeres siempre que éstas quedan embarazadas, después de haber dado á luz dos ó tres hijos; otros más criminales aún, dan muerte al niño después de haber nacido haciendo del infanticidio un recurso constante para librarse de la carga y los gastos que el cuidado y la educación de los hijos exigen. Otros matrimonios procuran limitar la generación, cuidando de impedir el contacto del semen con el óvulo, ó haciendo el primero incapaz de fecundar al segundo. Malthus ha dado á esta limitación de la fecundidad una base científico, demostrando que el pan del hombre no crece en proporción de sus hijos, por lo que una cruel y precoz mortalidad establece diariamente el equilibrio entre el alimento y la población.

El freno preventivo de la voluntad debe, según Malthus, remediar esta excesiva fecundidad y más acomodada y grata. Malthus, calumniado por muchos, de los cuales los más habían leído sus obras, era un honrado ciudadano y un óptimo padre de familia, y en su combatida obra demostró que era á la vez un hombre virtuoso y un potente pensador. Su labor puede ser discentido, pero su memoria debe ser respetada siquiera solo sea por haber sido el primero que se ha atrevido á decir en alta voz á los hombres duras verdades cuyo valor prueba diariamente la experiencia.

Más aún; admitiendo como indiscutible verdad científica la sostenida por Malthus, cabe discutir sobre los medios propuestos para poner coto á la excesiva generación. Los hechos testimonian que el freno preventivo de la voluntad es demasiado débil para detener al joven, que, como desbocado corcel corre espoleado por el amor: la castidad absoluta ó temporal no es ciertamente el medio adecuado para poner un límite á la fecundidad de la mujer. Los hechos denunciados por Malthus son tan exactos, que nadie osará rebatirlos sensatamente. Es un verdadero dogma de la ciencia social que la mortalidad y la fecundidad son dos términos de una misma proporción, dos momentos de un mismo fenómeno, y es preciso prepararse á ver crecer la una cuando la otra aumenta. También el número de matrimonios depende de la mayor ó menor mortalidad. Cuando una de esas terribles epidemias, azotó la humanidad, pasa por una población diez-mándola, los que sobreviven parece como que tienden á agruparse, formando nuevas familias

y buscando en nuevos cariños la manera de paliar el dolor que en el corazón les ha dejado los que la muerte les ha arrebatado. Los huérfanos y los viudos, los que han perdido á la madre adorada, ó al hermano que fué hasta entonces el cariñoso compañero, se buscan, se unen y se casan para prodigarse mútuo consuelo: los matrimonios que estaban en proyecto se precipitan; las mujeres se casan por buscar ámparo, los hombres por hallar consuelo. Después de la famosa peste de Marsella en el año 1720, que causó más de 50.000 muertos, se multiplicaron los matrimonios, y la población recuperó en muy pocos años las vidas que la epidemia había segado. Un cólera horrible devastó á Londres en el año 1666, y quince años después no quedaba el menor vestigio del estrago de la epidemia. Lo propio ocurrió en Rusia después del contagio de 1870, que mermó la población en una tercera parte. Los estragos de la espantosa guerra de los siete años que costó la vida á más de un millón de combatientes, fueron en muy poco tiempo reparados, y el mismo fenómeno se ha renovado en el siglo XIX, después la cruenta empresa napoleónica. Si bien los hechos alegados por Malthus, no pueden ser negados por nadie, no todos aceptan las consecuencias deducidas lógicamente por el gran filósofo inglés.

El hombre acomodado, que cree en todo, porque admitirlo todo de buen grado es más fácil y menos trabajoso que discutir y raciocinar, el burgués bonachón, á quien el problema del porvenir no lo inquieta en los más mínimo, se conforman satisfechos con lo existente, y amoldan sus pensamientos y sus acciones á lo legislado por una falsa moral que está al alcance de todos.

¿Para que pensar en teorías nuevas, que por lindas y bien ideadas que parezcan, no podrían ser expuestas en menos palabras que la teoría vieja del *creceite et multiplicamini*, cuyo origen divino no es conveniente poner en duda?

Sin embargo, mientras los ortodoxos y los optimistas rechazan, resueltamente y sin discutirlo, el consejo malthusiano, en el seno de la familia, cada cual resuelve el problema del equilibrio entre la población y la subsistencia, y en casi toda Europa las estadísticas demuestran los efectos de este singular esfuerzo individual para limitar la generación. *Los nacimientos no están en proporción con los sacrificios que todos los días á todas horas se hacen á Venus triunfadora*. Las más de las veces el hombre ama, pero no genera. En los libros de sociología y en las estadísticas se pueden hallar los datos que comprueban estos hechos, que bien merecen ser estudiados profundamente por

los hombres de ciencia. Sin embargo, los sacerdotes de la religión revelada, siguen lanzando anatemas contra el delito bíblico, que es en nuestros días popular, y de rutina; sin hacer distinciones de ninguna clase y sin pararse á meditar seriamente, siguen condenando con la misma indignación todas las artes malthusianas que tienden á poner un freno á la fecundación. Mis *Elementos de Higiene* estuvieron nueve meses en el índice, por que yo había escrito: *amad pero no generéis*. Las maldiciones de los sacerdotes y los anatemas de los moralistas son, sin embargo, impotentes para destruir la labor de Malthus, hoy triunfante en el seno de cientos de millares de familias.

De mis *Elementos de Higiene*, llevo vendidas seis ediciones y de los *Elementos de la Ciencia social*, se han hecho catorce ediciones inglesas, dos francesas, dos alemanas, una holandesa, una rusa, una portuguesa y dos italianas. El autor es un hombre de honradas costumbres, de excelentes sentimientos y está alentado por indestructible entusiasmo, á prueba de desdenes y de injurias. Enemigo de todo prejuicio y de toda hipocresía, llama á las cosas por su verdadero nombre, y nada le causa espanto, como no sea los grandes dolores y las muchas privaciones á que estamos condenados los «hijos de Adán.» Está firmemente convencido de que equilibrar la fecundidad humana con la producción económica de las familias y de los pueblos, es el único medio seguro para destruir el proletariado y todas las formas del hombre. Nuestra opinión sobre la teoría malthusiana queda francamente expuesta en las siguientes palabras: Cuando dos criaturas humanas se adoran y uno ó los dos cónyuges están enfermos, puede resueltamente afirmarse que nacerán de aquel matrimonio hijos enfermizos. Ahora bien, ¿qué delito es más grave: engendrar hijos epilépticos, tísicos, raquíuticos ó impedir la fecundación? Cuando, con el aumento excesivo de la propia familia, se ponen en el mundo hombres casi irremediamente condenados á padecer hambre, enfermedades y privaciones, ¿es mayor pecado limitar el número de los hijos ó acrecentar los dolores de la familia humana? A estas preguntas debe responder el lector según su propia conciencia. En cuanto á nosotros, tenemos la firme convicción de ser y comportarnos como personas dignas y honradas creyendo que obramos más moralmente obedeciendo á la razón que dirige al instinto, antes que doblegarnos á los bestiales impulsos de la carne. Tened pocos hijos, pero poned en ellos todo el tesoro de vuestros afectos y de vuestras energías; dad á la «patria» pocos, pero

robustos ciudadanos; no engendréis hombres desventurados é inútiles, que cuando sufran maldecirán la vida y á quién se la ha dado. Bien sé que muchos se escandalizarán de mis palabras; no me amedrento, porque mi convicción es muy grande y me encuentro con alientos para resistir los ataques de un regimiento de contradictores. Antes de tocar la parte moral de nuestro problema, quiero demostrar á mis adversarios que son hipócritas cuando creen ser los más puros moralistas. La Iglesia ha impuesto la castidad absoluta á sus sacerdotes, que no pueden, ó cuando menos no deben, tener hijos; pues bién, en el caso de abstención absoluta, el semen se vierte durante el sueño nocturno sobre la sábana virginal, y cada polución representa la pérdida de un hombre. Por consiguiente, la castidad es una contradicción de la naturaleza, es una destrucción del germen humano. Mas lógicamente obraba orígenes. (Doctor de la Iglesia que se hizo castrar para no correr el riesgo de ceder á las tentaciones de la carne.) Otros higienistas sostienen en realidad, lo mismo que yo sostengo pero, faltos de valor para exponer resueltamente sus ideas y para aconsejar á las gentes sin hipocresía, se limitan á decir que absteniéndose de copular en los dos ó tres días que anteceden á la menstruación y en los ocho días que siguen al período, se puede tener la certeza de que se disminuyen considerablemente las probabilidades de la reproducción. Para los que tal sostienen, este medio es lícito y moral; todos los demás son inmorales, equivalen á verdaderos crímenes, hasta el punto de que Mayer, que es uno de los hipócritas de que os he hablado no, se atreve ni á mencionarlos en sus obras, por temor á hacerse merecedor de graves penas. Mayer escribe: «los únicos obstáculos lícitos para limitar la procreación son el freno moral, la introducción en nuestro Código de nuevas restricciones al matrimonio, forzar á las madres á que amamenten sus hijos durante el mayor tiempo higiénicamente posible, la elección para copular de la época intermenstrual, durante la cual es la concepción, sinó imposible, al menos poco probable. Y finalmente las modificaciones orgánicas de la mujer con el mejoramiento de las condiciones de las clases pobres.»

«Todo esto es lícito; lo demás oprobioso y condenable! Por más que meditemos no vemos la lógica de tales afirmaciones. ¿Se puede abstenerse del coito en los días que la naturaleza lo reclama imperiosamente, en la época en que el útero está excitado naturalmente y en la que el óvulo solo espera el semen del hombre para

transformarse en carne! ¡Esto es moral! ¡En cambio, en las otras épocas que podríamos llamar de *desamor orgánico*, puede el esposo ejercer sus derechos é ir á buscar á la hembra! Yo no sé que calificación darán á su teoría los morigerados consejeros; pero yo, con mi habitual franqueza, digo y sostengo, que lo que ellos predicán es un onanismo conyugal, un fraude genésico. Seamos sinceros, doctor Mayer por que la hipocresía es un feo delito, y estudiemos ante todo el lado higiénico de la cuestión. Empecemos por decir para evidenciar nuestra sinceridad, que no nos hallamos en un caso en que podamos elegir entre una cosa buena y otra mala, sinó entre dos diversamente malas. El artificio para no tener prole, ó para limitar el número, que recomienda Mayer, no debe ser aceptado, porque sobre que no es de seguro éxito, acarrea graves daños á la mujer y en ocasiones también al marido. La higiene genital es siempre violada en mayor ó menor grado por los que quieren limitar su descendencia siguiendo los consejos de Malthus, pero no todos los procedimientos tienen idénticas consecuencia. Cosa singular: el método más generalmente usado, el que con más constancia y frecuencia se practica es el más dañino de todos; es el único que acarrea grave daño simultáneamente al hombre y á la mujer. Nos referimos al procedimiento que consiste en retirar el miembro viril de la vagina cuando comienza á iniciarse el espasmo venéreo. Esta retirada exige por parte del hombre una atención sostenida, una derivación de la energía nerviosa de sus centros naturales, para que el cerebro y la médula espinal no reciban una sacudida violenta. En estos supremos momentos, el pensamiento, la voluntad, la atención, deben sumergirse en un olvido completo, y á su vez los centros nerviosos deben dividir su energía en una corriente centrífuga y en otra corriente centrípeta, por que el consumo de fuerza nerviosa es excesivo y deja el organismo agotado. Especialmente en los individuos muy excitables, ó como suele decirse vulgarmente, de temperamento nervioso, la *retirada antes de tiempo* puede acarrear á la larga los mismos daños que la masturbación. Los que repiten con frecuencia esta antihigiénica práctica, se hacen ante todo hipocandriacos y poco después adquieren afecciones neuróticas que suelen determinar reblandecimientos de la médula espinal. También la mujer sufre grandemente, cuando en el momento del espasmo venéreo, el cuello del útero echa de menos la falta de irrigación templada del líquido fecundante. Esta falta de riego provoca vivas congestiones, que á su vez dan origen á muy

graves enfermedades: metritis y ulceraciones del cuello del útero. Muchas mujeres que han acudido á mí buscando alivio á enfermedades de esta naturaleza me han confesado que no practicaban con sus maridos sinó coitos incompletos. Ningún médico ignora de que modo aumentar estas dolencias de día en día. El coito así practicado sobre ser antihigiénico es antifisiológico pues rinde sin satisfacer. Una señora me confesaba ingenuamente que una cópula con *retirada* le producía el mismo efecto que si, estando sedienta, se le diera á beber un sorbo de agua, y cuando la tuviera en la boca, se la obligara á echarla fuera en lugar de tragarla. Mayer ha sostenido un error al decir que la preocupación de defraudar á la naturaleza puede hacer desviar la fecundación de un tipo normal y alterar la estructura del feto.

Nadie que conozca medianamente la ciencia biológica puede dar crédito á sus palabras. Cuando el hombre fecunda á la mujer, vierte un producto ya hecho, un semen completamente elaborado, que no puede mudar de composición bajo la acción de un sentimiento moral momentáneo.

Estudiemos otros artificios para defraudar á la naturaleza; el uso del *condón*, aparato vulgarísimo para que creamos preciso describirlo.

Este pequeño aparato fué inventado por un médico inglés llamado Candom, quién fue tan vivamente combatido por sus contemporáneos, que se vió obligado á cambiar de nombre para despistar á sus enemigos.

El condón fué ideado para evitar el contagio de las enfermedades venéreas, y este ha sido el uso exclusivo que se le ha dado durante mucho tiempo; posteriormente ha sido usado por los malthusianos para procurarse los placeres de Venus sin miedo á la concepción. El uso de este aparato no tiene para el hombre ninguna consecuencia dañina, pero la mujer se expone con esta práctica á los mismos peligros de que hemos hablado al tratar de la *retirada*, pues quedando el semen depositado en el condón, le falta al útero el indispensable riego. Lo mismo puede decirse del fraude que consiste en introducir, antes del coito, una esponja en la vagina lo más adentro que sea posible, con el fin de que la esponja sirva de obstáculo al semen, al ser lanzado éste sobre el útero. Añádase á lo dicho que tanto el con-


dón como la esponja tienen el inconveniente común de que no siempre son un medio seguro para impedir la fecundación. Yo conozco gran número de robustos muchachos, que han venido al mundo sanos y rollizos, á despecho del condón y de la esponja. El condón puede romperse, la esponja puede correrse á un lado ó á otro, dejando al descubierto la entrada que era preciso tapar para cerrar por completo el paso al semen. El menos malo de los métodos malthusianos es el que consiste en hacer inmediatamente de practicado el coito, una inyección abundante y fuerte de agua fría, ó mejor, templada en los genitales de la mujer. Preciso será advertir que este sistema no da siempre el resultado apetecido, pero debe ser el preferido, porque no expone al hombre ni á la mujer á los graves accidentes que hemos citado como probable consecuencia de los otros métodos. Algunos escritores que de estos asuntos se han ocupado, sostienen que el uso prolongado de la *retención amorosa*, lograda por un sistema cualquiera, aminora para siempre en la mujer la capacidad para la fecundación. Apoyan su afirmación diciendo que algunos padres al perder á su único hijo que se habían propuesto generar, han querido tener nueva sucesión, se han forzado en vano para dar vida de nuevo á funciones que voluntariamente habían matado.

El huerto florido se había cambiado en árido desierto y el suelo no quería dar ni una flor. Creo el hecho posible, pero sumamente raro.

Mientras la menstruación, verdadero barómetro de la vida uterina, se mantiene completamente normal, el *cawpo* de la mujer permanece fecundo, y aún después de un largo descanso, bastaría que se *tire*, en él buena *semilla* para que dé fruta. Todos los días vemos mujeres galantes que después de un ejercicio amoroso lleno de subterfugios y de fraudes, dan á sus maridos hijos en abundancia sanos, y robustos. Hay ocasiones, como ya he reconocido, en que las mujeres especialmente cuando son de temperamento muy excitable, se hacen estériles por abusar del método malthusiano. Estos estados son pasajeros y fáciles de curar, merced á un tratamiento apropiado, del que han de formar la base los baños prolongados, los medicamentos emolientes, y sobre todo, una prolongada abstención de los placeres de Venus.

PABLO MANTEGAZZA.



Boycot á los 

 Cigarillos



43



y á los pro-

ductos de la

Cerveceria

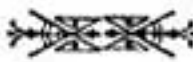
Bieckert.



Establecimiento Gráfico

✽ DE ✽

A. PAOLOZZI & C.

Calle TUCUMÁN 1102 esq. Cerrito  BUENOS AIRES

Coop. Telefónica 2004, Central

*Trabajos comerciales y de lujo, Folletos,
Catálogos, Revistas ilustradas, etc., etc.*

Se garante cualquier trabajo con prontitud y esmero

*Esta casa tiene Máquinas y materiales para la
impresión de Diarios*

Calle TUCUMAN 1102, esq. Cerrito



“LA PROTESTA”

DIARIO DE LA MAÑANA

Propaga las Teorías Anarquistas

Precios de subscripción POR MES

CAPITAL FEDERAL.....	\$ 1.20
INTERIOR.....	» 1.50
EXTERIOR.....	oro » 0.70
NÚMERO SUELTO.....	» 0.05

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

837 - Calle Libertad - 839

UNION TELEFONICA 2077, JUNCAL

BUENOS AIRES